REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI | San José, Costa Rica **1933** Sábado 1.º de Abril | Núm. 13

Año XIV. No. 629

SUMARIO

"Cervantes reazionario"

= *Envío del autor.* Cartago, Costa Rica =



Cervantes

Talla policromada esculpida por el artista español *Juan Cristóbal*

Libro interesante éste de Cesare De Lollis. No porque nos haya convencido de su tesis, pues que como dijo en cierta ocasión el Caballero de la Triste Figura: "para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y reprue-bas".

Desde luego no se requiere ser muy lince para descubrir que De Lollis no ha hecho más que laborar sobre las ideas de Toffanini, quien en su Fine dell'Umanesimo nos había dicho la misma cosa, esto es, que la obra cervantina es producto de la Contra-Reforma venido a luz en la hora crepuscular y como tal un poco melancólica del Renacimiento. Esta gran orgía del espíritu tocaba ya a su fin en los días de Cervantes, y quienes en ella participaron experimentaban ya esa sensación de lasitud y desencanto que nos invade "au lendemain d'une fête", o como se dice en el vernáculo americano "the day after the night before", y si a esto se agrega el recuerdo de aquel bárbaro monje Martín Lutero, que vino a aguarles la fiesta a los Papas y a los Cardenales humanistas, más entusiasmados con el latín de Horacio que con las epístolas llenas de solecismos de San Pablo y urgidos ahora por la necesidad de poner la casa en orden, no queda duda de que el mundo atravesaba una crisis dolorosa de transición.

Cuando nuestro gran Don Miguel se dió la vuelta por Italia (de 1569 a 1575) ya hacía tiempo que se habían levantado los manteles del regocijado convivio platónico y que las nuevas orientaciones emanadas del Concilio de Trento dominaban los espíritus. Pobre Cervantes! Hasta en esto desdichado! El arte volvía a acordarse con la vida, de la que estuvo separado durante la embriaguez renacentista, y a asumir una función moral y docente.

"En 1550", dice Américo Castro, "las cosas varían radicalmente. La reacción platónica se acentúa; Aristóteles se torna casi un doctor de la Iglesia y la literatura infiltrada del espíritu de Contra-Reforma tendrá que armonizarse con finalidades éticas y nacionales. En 1548 surge con Robortelli la primera edición crítica de la Poética de Aristóteles, y de esa suerte el preceptismo neo-clásico aparece como un fenómeno en conexión con Trento, al intentar restablecer la síntesis medioeval mediante la unión del arte con la vida, y por tanto con la moral. Fermento para tal cambio era la insatisfacción que el Renacimiento dejaba en los ánimos egregios; el final del siglo xvi estará matizado por cierta melancolía que en forma diversa hallamos en Tasso, Mateo Alemán o Cervantes".

Los efectos de esta crisis sin embargo no llegan ni con mucho en Cervantes al grado de intensidad trágica que en el Tasso. Había en la naturaleza del español una gran fuerza de optimismo, una serenidad sonriente que resistió a esto y a toda suerte de experiencias: la pobreza, el cautiverio y la cárcel. Toffanini no deja de observarlo y después de contarnos que las fuentes teóricas de Cervantes fueron las mismas que atormentaron al poeta italiano, que uno y otro tuvieron a mano los mismos libros, oyeron hablar de las mismas cosas y frecuentaron tal vez los mismos hombres, agrega: "entre el Tasso y el ingenioso hidalgo castellano hay sólo esta diferencia, que donde el uno lloró, el otro, genio sublime, sonrió".

El erudito historiador de las postrimerías del humanismo llama la atención a la manera genialísima en que Cervantes encarnó la distinción aristotélica entre historia y poesía en las figuras mayores de su obra maestra. Don Quijote representa el universal poético, Sancho Panza el particular histórico que lleva cuenta de los infinitos palos recibidos aunque bien pudiera callarlos por equidad, como dice su amo. Pero aquí será mejor que dejemos en paz a Toffanini y que volvamos a nuestro hombre.

De Lollis comienza y termina su libro en un tono irónico que a algunos puede parecer irreverente, pero que a nosotros nos parece bien, tratándose del gran maestro de la ironía "que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros".

El capítulo primero sobre la Galatea tiene en nuestro concepto cosas, no sólo justas sino deliciosamente escritas. Deliciosa en efecto la pintura de los pastores cervantinos: "Pastori e pastore che guardano—anzi non guardano—il gregge, mentre s'intrattengono, piú che appassionatamente, sapientemente, di amore. Dell'amore proprio e di quello degli altri, anzi di questo piú che di quello. Poiché amore é qui una scienza che si lascia teorizzare al lume della filosofia platonica fatta apposta per un mondo cosí spoglio di quotidiane realtá", y más adelante: "Questi pastori, tagliati fuori da ogni azione—quel che ce n'é é relegato dietro le quinte, come nel teatro classico francese e serve di tema alle

disquisizioni—, mondati delle caratteristiche personali, che appunto l'azione sola puó mettere in vista, sottrati a qualsiasi determinazione dell'ambiente, che manca in tutto e per tutto, sono vere tabulae rasae sulle quali é scritta un'unica parola: amore!"

De Lollis no puede menos de ver con burlona curiosidad al realista Cervantes dándoselas con un género tan falso, en la tierra de los Cantares del Arcipreste y las Serranillas del Marqués de Santillana, y se pregunta maravillado "cómo el genio que había luego de concebir y escribir el Don Quijote para derrocar la gran máquina de las novelas de caballería, no pensó en la sátira o la parodia de la novela pastoril, en vez de aumentar el número con una de su cosecha".

A despecho de las burlas del perro Berganza, si tenemos en cuenta las muchas veces que Cervantes prometió la conclusión de su Galatea (la última pocos días antes de morir), hay que considerar sincero su entusiasmo por el bucolismo y desechar toda sospecha de que abrigara contra éste ningún intento satírico. No fué sino once años después de su muerte que el francés Charles Sorel publicó **Le Berger Extravagant, "ou parmi** des fantaisies amoureuses on voit les impertinences des romans et de la poésie", con la idea de parodiar los libros pastoriles del mismo modo que él había parodiado los caballerescos. ¿Es buena o mala la parodia de Sorel?, se pregunta De Lollis, pero sin darnos su opinión. Tampoco diremos la nuestra, aunque confesamos que una vez nos propusimos leer el libro de Sorel y no pasamos más allá del primer capítulo, bastándonos lo que leímos para convenir con quienes le achacan falta de aquella simpática y penetrante visión de la realidad que abunda en el modelo español, y sobra tal vez de pedantería. Se trata de un burgués parisiense que se vuelve loco leyendo historias de pastores y resuelve irse a apacentar a orillas del Sena cuatro ovejas tiñosas, desecho de un matadero. El frontispicio de la edición que consultamos en la biblioteca de Harvard muestra al protagonista, al pastor Lysis, teniendo en las manos l'Astrée, mientras un amor tocado de un bonete de loco le dispara una flecha. Como se ve, l'Astrée hace aquí las veces de los novelones de Don Feliciano de Silva en cuya lectura se le pasaban al hidalgo manchego "las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio".

De Lollis absuelve así mismo a Cervantes del cargo que se le ha hecho de haberse propuesto destruir a golpe de sátira la literatura caballeresca de la cual era por el contrario aficionadísimo. Tal punto le consume mucha tinta y erudición sin que se vea la necesidad de ello, pues que una simple lectura, ni siquiera atenta, del Quijote basta a dilucidarla. Aun dejando de observar que no solamente el Orlando sino el Amadís fueron salvados del fuego en el escrutinio de los libros, y que es Cervantes quien habla por boca del canónigo aquel que diserta tras el carro donde va encantado el Caballero de la Triste Figura sobre las cosas necesarias para escribir una buena novela de caballería que dé contento al lector y oportunidad al autor "de mostrarse ya astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez hasta nigromante", aun así, a quién puede pasársele por alto que el insigne Manco demuestra a lo largo de su libro un gran conocimiento de los de caballería, y quien dice conocimiento dice también interés y gusto. ¿Pues qué, no es acaso muy dudoso que hubiera podido escribir la sabrosa sátira que escribió contra los libros caballerescos si no le hubieran gustado tanto y si no hubiera sido de verdad más versado en ellos que en las Súmulas de Villalpando?

Aunque ni con mucho originales son no obstante graciosos los comentarios de De Lollis. Oigamos estos acerca del discurso del canónigo: "il canonico si costituisce campione risoluto dell'estetica classica parlando col disgusto, con cui si parla dei cibi che ci han rovinato lo stomaco, delle smisurate stravaganze (desaforados disparates) dei libri cavallereschi, delle loro inverosimiglianze, delle loro mostruose contravvenzioni alle unitá, del loro difetto di composizione". Notemos de paso que tales reparos servirán luego al maligno De Lollis para burlarse de lo lindo del extravagantísimo Persiles (el epíteto sólo da ya idea del modo como tratará el libro), aunque poco más adelante no pueda menos de observar que es cierto que el canónigo, o sea Cervantes, cuando prescribe la ingeniosa invención la condiciona de tal suerte que tire lo más que fuere posible a la verdad, y con esto pareciera querer dar el empujón decisivo para que eche a andar sobre el derrotero de la poética aristotélica la novela de caballería, por más recargada de materia y más floja de composición que fuere.

Pero volviendo a los principios estéticos que, según De Lollis, Cervantes tomó de los preceptistas italianos (recuérdese que su viaje por Italia coincide con la publicación de las Poéticas de Castelvetro y de Piccolomini), aunque también pudo haberlos tomado de los españoles (el Pinciano entre otros), oigamos otra vez al crítico romano: "Cervantes accettó—sia qualunque la ragione — queste limitazioni e questi impedimenti, dai quali seppe trar giovamento, perché il genio da tutto sa trarne, nel suo capolavoro. Se ne rise invece Lope de Vega che con pazzesca liberalitá invitó il popolo spagnolo ad una prodigiosa imbandigione di poesia che non solo, anzi non tanto, riflettesse il suo spirito, ma questo incarnasse nei gesti eroici delle sue passate generazioni.

"E Cervantes ebbe il torto— sia qualunque la ragione, ho detto, ma forse precipua, se non unica, fu la rivalitá con Lope de Vega — Cervantes ebbe il torto di non sentire a pieno la singolare e privilegiata condizione del suo paese davanti al problema di una letteratura, la quale, anziché di classe, fosse di tutti e per tutti. Ebbe il torto di non tener ben presente che la guerra, non di superba conquista e di grandi masse guidate dall'ambizione di pochi, ma di razza e di religione, e da tutti combattuta, giorno per giorno, alla spicciolata, su pochi palmi et per pochi palmi di terreno da aggiungere a quelli conquistati ieri, aveva improntato di una unitá como di famiglia tutta la nazione spagnola. Ben l'aveva sentito Alfonso il Sapiente quando aveva ribattuta l'opinione di coloro i quali pensano... che pueblo é chiamata la gente minuta', mentre é invence il'complesso (ayuntamiento) di tutti gli uomini in comune, dei maggiori, dei minori e dei medii'. E Lope de Vega, al quale la torrenziale foga del suo genio non dava tempo e modo di impacciarsi di teorie piú o meno esotiche, per quanto pur ne fosse informato, con quella sicurezza e prontezza che dá la coscienza di avere in noi l'anima di tutto il nostro popolo, si assise monarca assoluto del teatro spagnolo sopra un trono di gloria ai cui piedi si accosció umiliato il povero Cervantes come Lazzaro sulla soglia del ricco a banchetto".

De Lollis ha visto bien la significación de una de las características de la literatura española, especialmente en lo que se refiere al teatro clásico, cuyas representaciones no llevaban la idea, a diferencia del francés, de satisfacer a un grupo restricto de entendidos, sino a todo el mundo. Lo de la rivalidad con Lope merecería una apostilla, pero lo dejaremos para otra oportunidad.

El Persiles, después de que Cervantes, como muy bien dice De Lollis, había sublimado con tan precisa conciencia de teórico a la vida del arte el tercer estado en la persona de Sancho Panza, es sin duda una regresión, para decirlo con sus propias palabras, "a los sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos", una vuelta a las andadas, una recaída, en fin, en su pasión favorita por lo irreal, y por qué no decirlo, por lo artificioso también. Lástima grande que Cervantes no nos hubiera dado en vez de esta novela de aventuras calcadas sobre el modelo de Heliodoro, una de costumbres, la historia de Ginés de Pasamonte, por ejemplo, que habría sido de seguro una maravilla del género picaresco, superior al duro e inhumano Lazarillo y al Buscón quevedesco, cuyo humorismo verbalista y demasiado vehemente se queda tan atrás de la serenidad irónica del insigne Manco.

Inexcrutables y misteriosos, como los de Dios, son los caminos del genio, incapaz de darse cuenta cabal del valor de sus propias obras. ¿No es sorprendente acaso que Cer-

vantes creyera haberse superado en el Persiles, una novela en su sentir mejor concertada y escrita que el Quijote, pero que hoy nadie lee, sino por obligación escolar o interés erudito? ¿No es sorprendente así mismo que Cervantes y Colón, los dos hombres que más gloria han dado a España, se mueran sin saber, el uno la sublimidad de su invención, y el otro la grandeza de su descubrimiento?

Las Novelas Ejemplares tampoco escapan ilesas de la burla de De Lollis. El título de ejemplares, desde luego, le da motivo de ironizar sobre la moralidad, esa pretendida moralidad de Contra-Reforma en conflicto con el instinto. ¿Qué ejemplo edificante, se pregunta, puede haber en la historia de los dos granujas que se enrolan en la camorra sevillana presidida de Monipodio, ni qué moraleja puede sacarse de la que describe las calaveradas de Carriazo y Avendaño? En cuanto al Celoso Extremeño, oigamos lo que dice en su deliciosísimo italiano: "E per chi sará la morale del Geloso d'Estremadura, una novella dove realtá e ideale sono in magnifico conflitto come nel Don Chisciotte, e dove ocorre il caso d'un vecchio settantenne a cui la sposa non ancora ventenne fa... quel che si merita? Non pei vecchi settantenni, che abbian di cosi pazze voglie, ché sarebbe peggio che lavar la testa all'asino".

De las doce novelas las que mejor libradas salen de su crítica son **El Coloquio de los Perros** y el **Licenciado Vidriera**, este último "una figura moderna, nerviosa, enfermiza, hamlética". En cambio se ensaña contra la Española Inglesa con sus protestas de intransigente catolicismo, y las **Dos Doncellas** con su final, que "sólo puede perdonarse a Cervantes capaz de toda ingenuidad en el arte como en la vida". De esto tenemos nosotros algo que observar. En nuestro concepto nada resulta más opuesto al temperamento sereno de Cervantes que el fanatismo de que se le acusa. **La Española Inglesa**, donde se lee una descripción de Inglaterra que, como se sabe, era entonces país enemigo de España por razones políticas y religiosas, y donde no hay asomo de odio ni de fuertes prejuicios, es buena prueba de lo que decimos. Pero, claro, De Lollis está determinado a sacar a todo trance verdadera su tesis de Cervantes campeón de la Contra-Reforma.

Cierto es que Cervantes era un buen católico, dispuesto a acatar sin reparo las doctrinas de la Iglesia, y así, cuando, llevado de su pasión de novelista, aborda una situación escabrosa, no sabe como salir del apuro. Cierto también que no sería difícil hasta encontrar trazas de la influencia jesuítica en su gusto por los distingos sutiles y en opiniones como aquella de que "menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador", pero de esto a llamarle reaccionario, si por este término se entiende un fanático patrocinador de las cosas del pasado, de la intolerancia y de la gazmoñería, hay un buen trecho. Aun en aquellas ocasiones en que él salva con moralidades de última hora los pasos difíciles, se le puede ver sonriendo para sus adentros con un si es no es de ironía. ¡Guárdese el satírico De Lollis de este ingenuo!

Cervantes era un hombre de su tiempo, que aceptaba la vida tal como era, y no se andaba quebrando lanzas al estilo del héroe de su inmortal historia contra lo inevitable, pero en muchas cosas tenía más bien el concepto y la sensibilidad de un hombre moderno. Cf. II parte LIV. Contemporáneo y todo de los horrores del Santo Oficio, podría dar ejemplo de benignidad a más de un juez de Massachusetts, en pleno siglo xx. Recuérdese si no el consejo que pone en boca de Don Quijote la noche antes de partir Sancho para la Insula y que reza: "Cuando la justicia esté en duda es mejor acogerse a la misericordia".

Sus ideas sobre el idioma "sobre quien tiene poder el vulgo y el uso" nos dan muestra de la liberalidad de su criterio y son prueba de cuán errado anda De Lollis en su propósito de pintarnos a Cervantes como un dómine autoritario de las doctrinas neoclásicas

No paran aquí las injusticias del crítico italiano que dice sin embargo haber publicado su libro sobre todo para pagar una deuda de gratitud a Don Miguel de Cervantes Saavedra. Con decir que también pretende hacernos creer que Cervantes" era un ingenio lego, esto es, un pobre ignorante, **"politioris humanitatis expers"**, que acertó de casualidad en Don Quijote. Tal actitud, si bien justificable como una reacción al endiosamiento, al fetichismo de que ha sido objeto el ilustre complutense por parte de ingenuos admiradores que, determinados a ver en él la suma de la sabiduría humana, fatigaban las prensas con monografías sobre Cervantes teólogo, Cervantes filósofo, jurisconsulto, geógrafo, marino, médico, administrador, militar, economista, etc., sin que faltara quien quisiera encontrar en su obra maestra un sentido esotérico, de ninguna suerte puede acentarse como una apreciación justa de la cultura del hombre que dotó a la lengua española de su mejor presea. A Cervantes puede llamársele ingenio lego, si esto quiere decir que no era una autoridad reconocida en ninguna ciencia, pero no como parece suponerlo De Lollis porque apenas supiera su idioma y no tuviera más que ligeros barruntos de latín, pues que es evidente para cualquier lector atento o desatento que él conocía bien la literatura italiana del Renacimiento y había leído con provecho a los clásicos latinos, aunque incurriese a veces en descuidos al citarlos. Es absurdo pensar que siendo un ignorante de las humanidades hubiera podido escribir el libro que escribió, iluminado no por el resplandor de las hogueras inquisitoriales, como quiere hacernos creer De Lollis, sino por las gracias y bellezas del Ariosto y del Boyardo.

Don Juan Valera, con sus burlas contra los supersticiosos cervantinos, especialmente contra aquel inefable Don Nicolás Díaz de Benjumea, tiene un poco la culpa de todo esto, pues que al insistir en el aspecto popular de la mentalidad de Cervantes, esto es, en el hombre de mundo educado en la escuela de la experiencia más que en las aulas universitarias, pudo dar la impresión sin proponérselo de profesar un concepto algo desdeñoso de los conocimientos del autor de Don Quijote. Si don Juan volviera a la vida sería, sin embargo, el primero en protestar de estas exageraciones de las cuales daremos un ejemplo para concluir. Nadie que yo sepa, ni aun los más ardientes acólitos del culto de Cervantes, ha pretendido hacerle pasar como un gran latinista, pero el que no lo fuera no justifica los donaires irónicos, un poco pedantescos, de De Lollis cuando halla una pequeña inexactitud en las citas latinas, cosa de que ni el mismo Montaigne estuvo libre. En todo caso, dados a buscar gazapos, no sería tal vez difícil probar que, si Cervantes no era maestro en la lengua latina, la conocía mejor que De Lollis la española, y quien lo dude no tiene más que leer la traducción que este último hace de lo que Sansón Carrasco dice a Sancho, donde se ve muy a las claras que De Lollis no conoce el modismo "más pintado" y lo toma como significando "tutto il resto chee é ritratto", el cual gazapo no deja de tener gracia en un crítico de su talla y tan amigo de satirizar las flaquezas y faltas ajenas.

Resumiendo: lo que resulta claro de la lectura del libro de De Lollis es lo que ya sabíamos de antes y con antes, esto es, que Cervantes no era ni por ideología ni por temperamento un subvertidor del orden social. Esto, sin embargo, no justifica en nuestro concepto el adjetivo de reaccionario.

Rabelais, con todo y ser mil veces más sanguíneo y de temple más agresivo que Cervantes y de haber vivido en un período de fuerte reacción contra los ideales del Medioevo, tampoco rompió abiertamente con el orden de cosas establecido. Fuera por prudente recelo de no incurrir en las sanciones de la Sorbona o por otro motivo, el caso es que aquel regocijado burlón se contuvo dentro de la ortodoxia y se contentó con hacer chacota de la Escolástica y de los monjes ignorantes de su tiempo, sin tomar partido por los Reformados.

¿Por qué habríamos de exigir más a Cervantes, al caballero apacible y resignado de la España ya decadente de Felipe II en que el cansancio y el desencanto habían venido a tomar el lugar del entusiasmo por las grandes empresas fracasadas?

No sería justo, no, pedirle más de lo que nos dió: un bello ejemplo de tolerancia en días de fanatismo y una lección de suave ironía en un país cuyos ingenios asumen generalmente una actitud militante que no sabe sonreír.

Mario Sancho

Revisada en 1935. Inédita.

Dina Palacios Martínez

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Dina Palacios Martínez, la poetisa salvadoreña que hace un año dejó la tierra y subió a los cielos como aroma de flor, armonía de canto y suavidad de gracia, en el altar de la vida, sacrificada como holocausto puro al Dios de los Tristes, al Señor de los Buenos, y que sin embargo sabe inmolar corderitos blancos en sus altos designios...

Subió a los cielos Dina, la enamorada de la noche, de «La Espléndida noche», pero la diafanidad de su alma única nos queda en sus poesías sutiles y hondas, sencillas y sagradas, como la luz de una estrella desaparecida, que rueda por los abismos del universo, bañando de dulzura a los espíritus contemplativos... a las almas meditativas y limpias... rezando como ella: «Oh misterios de Dios... Comunión de luces... Dulzuras infinitas, quedaos reflejadas en mi alma!...»

Subió a los cielos Dina como la avecilla de la aurora que remonta el vuelo para cantar el despertar de la naturaleza, y fué alondra de luz que ensayó el vuelo cantando así:

Mañanita, mañanita que rica estás
de color
con ese traje de fiesta
con que te ha vestido el sol...

Subió a los cielos Dina para hablar mejor el lenguaje de las estrellas, ella, que siendo rosa de aristócrata jardín, anhelaba ser florecita del campo, escribía así: «Las flores, las montañas, los astros, los árboles, los manantiales y hasta la humilde hierba y el polvoriento cardo, tienen a mi entender un lenguaje divino...» Ella entendió ese lenguaje y se fué para comprenderlo mejor al Coro de de las Vírgenes, esas estrellas luminosas que rodean el Trono del Altísimo...

Su alma de ***niña bien*** fué una alma de ángel, de santa... alma como debía ser el alma de la mujer. Unica en Centro América, es el tipo de la niña que cultivó su espíritu, que dió su alma derramada en lágrimas como gotas de rocío para aliviar los dolores ajenos, ¡ay!, y que nadie supo aliviar el dolor de su alma exquisita y fragante que enfermó de no sabemos qué divina dolencia... Así fué que la muerte, trágica, pero piadosa, rompió las frágiles ligaduras que ataban a la tierra a ese espíritu arcangélico que vistió forma humana por ignorados destinos...

Dina Palacios supo ser bella y enseñar que la belleza del cuerpo vale mil veces más, cuando la anima un alma que hace el bien... Todos los que la conocieron se inclinaban ante ella como ante algo divino. Poseía toda la pureza de la línea y el ritmo de lo perfecto. Dotada como nadie, era demasiado para la pobre tierra... ¿Cómo podía hallar ambiente un ser así perfecto en el justo sentido de la palabra?... Con sencillez de alma llena de amor canta a la madre en versos que bien valen en oro, las perlas, las piedras preciosas, más que el mármol o el bronce...

MADRECITA

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío
y en tu linda boca
tenme suspendido.

Es tuyo mi cuerpo
que existe cual rama,
deja revolverlo
como ardiente llama.

Madrecita mía,
madrecita hierba,
todito mi mundo,
madrecita tierna...

Canta Dina a la madre como se debe cantar. Para la madre debemos ser siempre niños, y Dina, con la pureza de un niño pide a la madre que juegue con ella... que la arrulle... que la consuma. Ve a su madre como quien ve a Dios: «Madrecita hierba»... «Todito mi mundo»... Jamás se ha dicho algo tan hondo de manera tan sencilla. Ser sencillo es ser potente. Y Dina fué potencialmente femenina tanto en sus versos como en su vivir... consecuente con sus pensamientos y sentimientos, su vida fué una linda flor que dió su perfume y vivió su vida breve... Ahora comprendo porqué las rosas viven el espacio de una mañana: son perfectas y no pueden durar... Y Dina fué una rosa del jardín celeste, por eso se fué, y subió a los cielos como aroma de flor, armonía de canto y suavidad de gracia, en el altar de la vida, sacrificada como holocausto puro al Dios de los Tristes, al Señor de los Buenos, y que sinembargo sabe inmolar corderitos blancos en sus altos designios...

En las escuelas de Centro América debía de rendirse culto a Dina Palacios Martínez, y enseñar sus versos y contar su vida como un dulce ejemplo. Ved lo que escribía desde su hacienda San Antonio, refiriéndose a los niños a quienes enseñaba con verdadero amor: «Estos niños pobrecitos, desamparados, son seres en los que se puede bordar las más bellas flores de bondad. Pero me da pesadumbre ver su abandono, porque pueden tornarse hasta en terribles criminales.»

Aura Rostand

San José, 1933.



Srta. Dina Palacios

Virgen de Israel

Para *Dina Palacios*

Flor de primavera,
primavera misma
por eso partió...
para hacer eterna
la savia riquísima
de su corazón.

Hostia de la Muerte,
Vino de la Vida,
misa y oblación,
cordero divino
de blancos vellones
se sacrificó.

Alma... alma... alma...
mente fuerte... fuerte...
amó y comprendió,
huyó de la vida,
huyó de la muerte,
tuvo alas: voló.

Dina eterna en rosas...
Dina eterna en canto...
Dina eterna en miel...
Salmo, letanía,
himno u oración...:
Virgen de Israel.

Aura Rostand

San José, C. R., 1933.

MI RECUERDO DE DINA PALACIOS

Ha sido menester un largo trecho para coordinar estas palabras de recuerdo para la amiga ida. Y es que inesperada y violenta su partida, la mente se quedó muda así como quieto el corazón al llegar la noticia fatal.

Fué Dina Palacios una rara mujer, de esas bellas criaturas que nació para ser ángel guardián... Fué esbelta como Venus helena, fué sobria, gentil, graciosa, dulce...; pero no había de ser una «girl» porque era mujer de fortaleza.

Yo la recuerdo vivamente cuando llegó Gabriela Mistral a nuestra tierra. Entonces se empeñó en ser toda oídos para escuchar el mensaje de Gabriela, y es que Dina Palacios era de la misma arcilla. Todas sus potencias tendían a aplicarse al servicio del prójimo. Una noche Gabriela subiendo las escaleras de la Universidad nos dijo: «Ustedes, muchachos, me han preparado un cortejo de reinas, y me siento gozosa de que en esta peregrinación por las tierras salvadoreñas me hagan grato el instante criaturas tan cabales que, al par que tienen el candor de una virgen, llevan la capacidad de una mártir... Esa chiquilla enlutada (era Dina), alienta en su espíritu los más bellos propósitos que jamás han sospechado. Tiene sed de saber, tiene sed de servir».

Días después Dina se marchaba a la hacienda «San Antonio» a enseñar a los chiquillos de la escuela rural... Llevaba los Cuentos de la Tía Panchita de Carmen Lyra... y lo mejor, había preparado una serie de fantasías graciosas ingenuas y deliciosas para referir a los chiquillos. Pasados algunos días me decía: «Estos niños pobrecitos desamparados son seres en los que se pueden bordar las más bellas flores de bondad, pero me da pesadumbre ver su abandono, porque pueden tornarse hasta en terribles criminales...».

Para mí Dina Palacios hereda a la juventud femenina de El Salvador una enseñanza que vale un tesoro y es la preocupación por la suerte de los niños desamparados y sin cultura.

Quién sabe, quién sabe si haya otras que quieran seguir su ejemplo.

Por todo eso, y porque fué dulce y porque fué bella y pura y santa, nosotros sus amigos, silenciosos y buenos, apenas podemos hacerle el suave homenaje de un suspiro...

Alfonso Rochac

San Salvador, 1932.

ORACION

POR EL ALMA DE DINA PALACIOS

Señor, yo no pretendo escrutar tus arcanos, por qué murió, por qué esa esencia pura se evaporó del sagrado vaso prematuramente!... Señor, Tú sabes el anverso de la vida y entiendes la muerte, su reverso.

Señor, yo sólo sé que eres la inmensa Bondad y el inmenso Perdón. Recíbela en tu seno. Fué buena y bella, fué hermosa y pura, fué humilde, humilde. Su alma trémula se agitó en la vida como una llama - su espíritu fué como las nubes altas, como las sombras suaves, como las estrellas lejanas.

Señor, ya has mirado su vida que fué un ramo de perennal aroma. Perdónala.

Por toda la vida te pasó buscando: en la tarde de amarantos, en la amanecida fresca, en la flor, en el canto, en la plegaria. Y ya te encontró en la infinita paz de la muerte. Recíbela como una hermana buena que agitó su vuelo misterioso con un signo fatal. Muéstrale la misericordia de tus edenes de olvido y de paz.

Fué buena como el agua o como la luz: lavó todas las manchas, alumbró todos los senderos y ya transita los predios eternos.

Pasó la vida con un signo de amargura en los labios, dale de beber el agua fresca de la vida inmortal...

Así sea.

Miguel Peña Valle

San Salvador, 1932.

A DINA, LA HERMANA AMIGA, DEVOTAMENTE

La dolorosa tiranía del destino le enrareció el ambiente que todos hubiéramos querido para ella hecho de luz, de perfumes y de sueños.

Su excelsa personalidad no fué yunque seguro al implacable golpeteo de este siglo loco de incomprensión.

Lucha desenfrenada por lo material, exterminio de pueblos, estridencia de máquinas, inversión de conceptos, la hidalguía en derrota y el triunfo de la rudeza sobre la bondad, no son ciertamente escenario propicio para mujer como ella.

Yo quisiera para Dina, cuya desaparición es todo un símbolo, el homenaje sencillo de una tarde apacible en «San Antonio», donde todos los que saboreamos la influencia bienhechora de su mentalidad, y la mansedumbre de su espíritu, pudiésemos exclamar en un sincero afán de renovarse: Dulce hermana amiga, que lo irreparable de tu sacrificio sea para nosotros, los que aquí esperamos, el fuerte llamado a una rectificación.

Max Brannon

San Salvador, 1932.

Poemas

= Envío de *Rafael Heliodoro Valle*. México, D. F. =

ARBOL CON NIÑOS

Hablaba el árbol cristalinamente;
y buscaba mi afán alas viajeras
de breves golondrinas mensajeras,
en la opulencia del verano ardiente...

¡Eran niños!—no pájaros—la fuente
del claro día ungió sus primaveras,
y por sus dulces pláticas ligeras
giró el mundo en el árbol, suavemente.

Rompió súbito canto sus porfías,
y abrió el aire la flecha de un zenzonte...
¡Que otros niños, en hondas lejanías,

sobre la luz del renovado monte,
puedan mirar en los azules días
la mentira fugaz de otro horizonte!

TERCETOS DE CUZCATLAN

En una suavidad en que se ha roto
el encendido Trópico, levanta
su gracia de paloma Suchitoto.

De dos cosas eternas la osadía
de este pueblo feliz tiene divida;
del mar azul y el manto de María!

Si una rosa se cansa de ser rosa
rompe el breve columpio de su vida,
y en mi pueblo se vuelve mariposa.

Partes—si hueles—el olor que esconde
en espeso botón la pomarosa...
(En esto hay una voz que no responde)

Peina luceros con la luna nueva
en fácil canto la amorosa lira,
y en todo afán a casto amor te lleva.

Dora octubre la miel en sus panales
y fatiga con nísperos mi gula
de exaltadas fragancias tropicales.

En las noches de luna, en el tejado,
se oye un grillo cantar. Grillo que espanta
un elástico gato enamorado.

La torre dé la Iglesia, en la mañana
de la Pascua florida, llega al cielo...
¡cualquier ángel te toca la campana!

¡Universo menor! Claro horizonte
que me enseñas en paz, sencillamente,
que todos los caminos van al monte...

Juan Cotto

Otoño de 1932.
- En México. -

Estos son los últimos poemas de quien es uno de los más generosos espíritus de América, una de las voces más claras de la alegría y de esperanza.

Juan Cotto—el de la poesía vegetal, que así la calificó Arévalo Martínez—ofrece en esta ocasión las primicias de su libro «Agua desnuda». Ya era tiempo de que el poeta nos hiciera una dádiva que sea capaz de desafiar al tiempo y un acto de gracias al Numen de América.—*Rafael Heliodoro Valle*. (México, 1932).

Estampas

Con Arturo Zapata, que sabe estimar

= *Colaboración directa*

Agradecemos al escritor colombiano Arturo Zapata el espíritu con que acoge estas **Estampas.** Se lo agradecemos porque no escribimos engañados por la ficción de que tenemos un público enorme que nos busca y nos lee y se dedica a diseminar el credo de nuestras prédicas. Nos sorprende cuando una voz de afuera llega alentadora y pensamos enseguida en el prestigio continental de **Repertorio Americano.** Publicación de las buenas, como lo reconoce Arturo Zapata. Don Joaquín, con sus grandes capacidades y sus devociones, ha podido dar a la América nuestra un órgano libre de expresión. En este órgano escribimos sin alardes, procurando definir nuestra obra, pequeña o grande, por la permanencia en el anhelo de redención de muchas miserias colectivas. Ni esperamos aprobaciones, ni nos volvemos encarnizados contra los que deprimen lo que expresamos. No nos hemos aliado a grupo o individuo para sentir apoyo. Por esto no padecemos la nostalgia que dicen padecer los que hacen obra para consagrarse escritores. Respetamos profundamente esta publicación y una de las mayores honras de nuestra vida es colaborar en ella. Otros, cuando la magnanimidad de don Joaquín les ha tendido la mano, han llegado luego a osadías incalificables. Por viles se han visto excluidos de estas páginas, volviendo al anonimato de donde los recogió el espíritu grande de don Joaquín. Y allí gimen y botan ponzoña.

Al escritor colombiano Arturo Zapata tenemos que darle las gracias. Le decimos que su juicio acerca de nuestra labor no nos envanece. Nos llena de escrúpulos y hace que llevemos cribas a nuestra meditación. Hay que evitar que pase lo que Gracián llama borra. Es decir, hay que cuidar la expresión. Cuidarla para crear en la gente nueva conciencia de que debe vigilar y combatir. Sólo librando del arrebañamiento será posible organizar todas las luchas de redención que necesitan estas patrias desunidas. Los Gobiernos arrebañan, porque son castas y necesitan la tribu obediente, supersticiosa, que mire en ellos la cosa providencial e infalible. Soberano es el pueblo mientras precisa adularlo para coger mando, para precipitarlo a la revolución o a la guerra. Es una soberanía que nace y muere con cada campaña electoral. Pero ese poder grande que engañosamente se le atribuye no lo tiene de nacimiento ningún pueblo. Precisa creárselo mediante la cultura. Y los Gobiernos no quieren matar la incultura. Viven precisamente de la incultura, porque son castas llenas de todos los privilegios.

De modo que nuestra aspiración constante es despertar en la gente nueva el espíritu que la liberte de tanta superstición que la esclaviza a las castas gobernantes. Por esto hablamos de la necesidad de que los pueblos entablen el diálogo que les dé entendimiento perdurable. Los Gobiernos no viven sino para su propia conveniencia. Sorprende al escritor Arturo Zapata que hablemos de diálogo entre los pueblos. Pero esa sorpresa proviene en él de que todavía vive sumiso a las supersticiones que las castas gobernantes han creado en torno de ellas. Los pueblos perdieron todo derecho a deliberar desde que eligieron Gobierno. Allí están los presidentes, allí los senados y los congresos que resumen todo el poder de la inteligencia. Lo que esos presidentes y esos senados y congresos hagan para resolver el destino de los pueblos es cosa inapelable. Porque de otra manera sería admitir una anarquía perjudicial.

Mas no, amigo Zapata, nuestras ideas nacen de otra entraña. Si su buen humor lo hace decir que para entablar el diálogo habrá que reunir a ocho millones de colombianos con seis millones de peruanos, nuestro anhelo de ver claro en la hondura de los problemas nos dicta otra reflexión. No nacen los pueblos con el don grande de la visión. Pero sí hay quien pueda guiarlos y matarles la incultura. Los Gobiernos afirman que son ellos y los que viven de la superstición creada por esos Gobiernos corean la afirmación. Creemos, sin embargo, que los Gobiernos no están nunca constituídos por la gente mejor de un país. La politiquería es siempre la que decide quiénes ocuparán esta presidencia y aquel senado y aquel congreso. Y la politiquería es la fuerza satánica. Es oscura y sólo combina nombres que sumados formen conjuntos unánimes y anónimos. Por humorada se lleva a la suma un nombre de cierta valía. La politiquería sólo quiere servidores arrebañados. En manos de ellos pone las funciones grandes de una nación. Arrebañados que no tienen más empeño que vivir cómodamente. Arrebañados que no riñen con nadie ni con nada, porque reñir contra el ambiente emporcado, significa perder comodidades y prebendas. Arrebañados que sirven a todos los intereses de conquista y no reparan en el daño que hacen a una nación. Arrebañados que entregan complacidos todas las reservas grandes de un pueblo y lo precipitan a la miseria y a la esclavitud. La superstición hace creer en que las castas gobernantes son las representativas de la inteligencia visionaria. Lo hace creer hasta a espíritus obligados a estar libres de supersticiones. Si pedimos que dialoguen los pueblos cuando sus Gobiernos los precipitan a aventuras guerreras es porque queremos matar las supersticiones.

Naturalmente que no va a ser vocerío de ocho millones de colombianos y seis millones de peruanos lo que se va a oír discutiendo la disputa territorial fronteriza.' Es que Colombia y Perú no están representados con sus Gobiernos ni con sus senados y congresos por la mejor gente. Son los arrebañados por la politiquería los que están dando su fruto de impremeditación e insensatez. Porque son los arrebañados es que la aventura guerrera ha sido posible. Pero Colombia y Perú tienen gente nueva, es decir, gente libre del arrebañamiento, gente que conoce lo que constituye el valor permanente de los pueblos y lo defiende del atropello. Esa gente es la que debe decidir la contienda en representación de los pueblos. No habrá entre ella el miserable que necesita el conflicto para realizar negocios. El descastado que sirve intereses extranjeros adueñados de zonas ricas. El canalla que obedece órdenes extrañas para mantener la confusión. Habrá siempre el hombre y la mujer que consideran el bienestar de los pueblos por encima de toda disputa miserable. A la gente nueva es a la que precisa confiar la solución de las querellas de los pueblos. Por esto hablamos de diálogo entre los pueblos. Diálogo significa entendimiento efectivo, limpio de todas las artificiosidades de que viven las castas gobernantes.

Cuando la superstición que crea en torno suyo el Gobierno nos envuelve, hacemos lo que hace el escritor Zapata:

defender a nuestro Gobierno y juzgar ofensivo el paralelismo con otros Gobiernos. Si hubiera que hacer cargos al Gobierno del señor Olaya Herrera, tendríamos que revivir el feo negocio de los arreglos petroleros hechos por ese gobernante con compañía norteamericana apenas llegado a disfrutar del mando. Este hecho terrible de un gobernante que echa al basurero la legislación petrolera visionaria y previsora que se da una nación para defender su petróleo de la conquista extranjera, coloca al señor Olaya Herrera en el mismo nivel en que está en el Perú Sánchez Cerro. Para satisfacer al cliente yanqui se dejó a Colombia sin ley petrolera. Para satisfacer a cliente con poder grande para influir en la estabilidad o zozobra de un Gobierno. ¿Quién dice en este conflicto guerrero que no haya también cliente yanqui soplando al señor Olaya Herrera su silbo de mando?

El conflicto de fronteras es para el escritor Zapata una cosa de justicia. Colombia ha sido desafiada por Perú y como existe un tratado que tiene santidad el desafío no tiene otra solución que la guerra. Duele ver a un espíritu nuevo como el escritor Zapata cogido por esas artificiosidades. Duele verlo proclamando la santidad de los tratados. Y ¿qué son los tratados en suma? Acuerdos de Gobiernos sin la participación de pueblos. Ese tratado que el déspota peruano patea para irritar al gobernante colombiano nació como todos los tratados, en medio de concesiones y vergüenzas. Dos Gobiernos quisieron imponerlo y lo impusieron. Perú estaba entonces, como ahora, despotizado. Colombia se aprovechó del mal peruano y celebró el tratado. Sin participación de pueblos. Tratado secreto durante cinco años. Sin honra para el Gobierno de Colombia, porque lo hizo sacrificando al Brasil grandes territorios cuya disputa venía manteniéndose de hacía un siglo. Pero Brasil se impuso y arrancó a Colombia en torno a la mesa redonda presidida por el Departamento de Estado norteamericano, esos territorios. Colombia quería el tratado con Perú y abandonó sus derechos.

Nada entonces de santidad en los tratados. Pura argucia y rabulistería. Los Gobiernos los hacen y los deshacen a su capricho y como se juzgan representativos de sus pueblos, cuando necesitan la aventura guerrera para respaldar lo que convinieron en horas atolondradas, van a la aventura y promueven la tragedia. Tragedia verdadera es ésta en que tienen metidos a dos pueblos los Gobiernos de Olaya Herrera y Sánchez Cerro. No es para que ningún espíritu libre se enorgullezca. Es para que ponga sobre ella la meditación severa. Mientras todos nos volvamos indiferentes a los yerros de los Gobiernos sólo haremos tarea de arrebañamiento. Tarea funesta y terrible. No nos conforma por eso ver salir a la defensa de una aventura gerrera a un espíritu que está llamado a despertar en su nación las fuerzas que combatan esas locuras. Es natural que precisa crear la patria, pero no la vamos a crear siguiendo en sus demencias a las castas gobernantes. Estas necesitan de la patria aislada, que es la que crea conflictos, la que desune y desata odios terribles entre los pueblos. La patria aislada es la factoría del conquistador extranjero. Es la factoría del imperialismo norteamericano. Por esto negamos a los espíritus libres de la superstición creada en torno a los Gobiernos derecho para proclamar la patria aislada.

No nos apeguemos a la infalibilidad de los Gobiernos. Todos resisten el parangón. En una forma o en otra dañan la vida de las naciones. Cuando los creemos más conscientes los vemos dar el salto hacia la barbarie. Sólo que la barbarie tiene infinitos modos de manifestarse y no sólo cuando usa sable y gasta grado de coronel o general es barbarie desatada. Conozcámosla en sus variedades y libremos contra ella lucha formidable. Unamonos todos los que en esta América aspiramos a mejores días. Pero librémonos de las supersticiones y persigamos el mal allí donde esté. Matemos ese concepto de la patria aislada. Son patrias desunidas lo que vemos. Patrias asaltadas por la barbarie. Unámonos los que consideremos el mal de una como mal de la otra y no nos cerremos en un aldeanismo perjudicial.

Así entendemos, amigo Arturo Zapata, nuestra aspiración americanista. No puede usted enturbiarse con esos vahos de sangre que se levantan de la frontera peruano-colombiana. Son obra de la barbarie que en el Perú usa sable y viste galones y en Colombia usa traje civil y ostenta el grado de doctor. Barbarie toda y de ella debemos librarnos para adquirir visión y abrir brecha en esta tiniebla mantenida espesa por los Gobiernos. Sigamos unidos los que consideremos que hay muchas luchas que librar para que advenga la gente nueva. Aquí tiene la América nuestra a don Joaquín García Monge empeñado hace décadas por infundir la aspiración de lucha contra la incultura. Sigámoslo. Usted, que lo estima de corazón y nosotros que no queremos ser menos en la estimación y en el cariño por un espíritu grande de nuestra América.

Juan del Camino

Costa Rica y marzo del 33.

La política y los filósofos despreocupados

= *Envío del autor* =

No vamos a defender, Dios nos libre de sólo pensarlo, la política al uso en estas democracias de mentirijillas. Ciertamente que es ella cosa mezquina y desconsoladora, palo de cucaña para lograr ventaja a poco costo o catapulta de odio irracional. En otras palabras, en las sabias y recientes palabras de Al. Smith, criadero de granujas o de demagogos.

Pero no nos avenimos a desentendernos por completo de los asuntos de la plaza pública y a mirarlos como desde otro planeta, asumiendo una fácil actitud irónica en presencia de un mundo desbarajustado.

No, no venga nadie a predicarnos en esta hora la teoría del olimpismo goethiano, cuando nos sentimos con el corazón en tumulto y con la mente erizada de pensamientos de combate. No queremos oír predicar más ese Evangelio del desentendimiento y menos tomando el nombre de un grande de la tierra en vano. No queremos que nos den los últimos años de un hombre desencantado, que supo sin embargo luchar en su día con ánimo valiente, como un ejemplo que imitar.

El Goethe que amamos no es el viejo ponderoso que veía las transformaciones sociales de su tiempo con el prejuicio y el recelo del burgués temeroso de ser molestado en su paz y en su comodidad. Es el otro, el luchador de "la Tempestad y la Agitación", y hasta si se quiere el Ministro de Estado perspicaz y enérgico del Duque de Weimar, haciendo gobierno e interesándose de agricultura y minería a la mira de servir a sus semejantes más que de adornarse su cabeza capaz de todos los conocimientos, quien se lleva tras sí nuestro amor.

Si este Goethe joven, audaz, activo, volviera a la vida no sería, estamos seguros de ello, para circunscribir su interés a las teorías de Einstein; no, no se desentendería el grande hombre de lo que pasa hoy en su patria y en el mundo del cual se complació en llamarse ciudadano, Weltbürger. Nosotros lo veríamos sin duda interesado en Hitler, como sus contemporáneos le vieron interesado en Napoleón.

Para esos jóvenes que se mueven tan lejos de nuestras diarias preocupaciones terrestres, espíritus demasiado delicados para andar por donde nosotros andamos y que parecen haberse hecho un lugarcito en la estratoesfera recién descubierta por Picard para vernos de allí con un aire entre irónico y compasivo, vamos a traducir el siguiente párrafo de Prezzolini:

"Ay de aquellos jóvenes que acogiendo las teorías de Goethe no conocerán juventud. El equilibrio goethiano es bello, recordémoslo, porque sale de un desequilibrio y de una turbación. Sin el período del Sturm und Drang, Goethe no hubiera sido nada, porque un orden al cual se llega sin haber pasado a través de un desorden, es mortal. Si el orden de Goethe es vivo, es porque costó fatiga y esfuerzo, pero los jóvenes goethianos de hoy, que a los veinte años adoptasen las máximas de los setenticinco de Goethe, serían candidatos al cretinismo o reclutas del arrivismo"

Mario Sancho

Cartago, 29 de marzo de 1933.

"Don Mirócletes"

= Envío del autor =



Fernando González

Realmente son pocos los libros que inquietan tanto y tan apasionadamente nuestro afán investigador, como estos libros de Fernando González, en cuyas páginas corre un caudaloso volumen de enseñanzas, el pensamiento de un hombre mentalmente puro, el propósito irrevocable de ser siempre sincero y el empeño de escribir como él lo hace, como lo sabe y lo quiere hacer, y no como desearan que escribiera los críticos abundantes en nuestro clima literario.

"Don Mirócletes" es una obra para ser gustada lentamente, como ciertos manjares exóticos a nuestro paladar, que por la calidad de sus componentes, por la diversidad de sus dosis, por la temperatura y por el color, requieren de un vasto proceso de adaptación a nuestro gusto.

Fernando González sigue siendo el grave filósofo de Envigado, despiadadamente cruel con la vida y con los hombres; es inmisericorde con sus personajes y bravío con quienes tienen el placer de leerlo. Se diría que es un filósofo destructor para quienes son incapaces de comprenderlo y admirablemente estimulante para quienes desean entenderlo, para los espíritus que observan la vida con cierto desgarbado gesto de resignación exterior, que demuestra al mismo tiempo un poderoso volcán de rebeldías interiores.

"La vida es un hilo continuo cuyo principio y fin son ignotos" afirma con la certeza del escritor que hace una incursión cotidiana, con linterna y bisturí, sobre el terreno frágil y resbaladizo de esta zona que es la existencia humana. Y agrega: "morir es un acto largo, por orden, lento, preparado". ¿No es acaso esto, exactamente, lo que el hombre hace desde cuando tiene uso de razón, desde cuando la vida comienza a pesar sobre sus hombros como una cadena de torturas?

Hay una honda filosofía en sus afirmaciones; es un breviario que debieran estudiar con reflexión y detenimiento quienes aspiran a conseguir una reputación de hombres preparados para observar con serenidad y astucia el desenvolvimiento paradógico y maravilloso de esta serie de pequeños acontecimientos y sucesos que hacen de la vida algo digno de estudiarse.

Pero Manuelito Fernández le ha dado una nueva y misteriosa interpretación a la **serenidad**. Sin duda alguna, la serenidad como la entendemos y practicamos los latinos, se adquiere merced al funcionamiento de facultades negativas. ¿Cuándo debe ser el hombre sereno, quién es el hombre sereno? "Asimismo, en las desgracias, en las preocupaciones y en las miserias se llega al supremo desespero que se llama **serenidad**". Y para los que desconocen la verdad o son incapaces de comprenderla, don Mirócletes, el audaz filósofo de la montaña, ofrece la fórmula perfecta: "La verdad es el estado en que se vive".

Fernando González da la tónica y señala el índice de lo que es un filósofo, investigador incansable que observa a través de todos los cristales y que, metido dentro de la invulnerable torre de marfil de sus convicciones, enseña a sus lectores doctrinas estupendas, presentadas con el esmero de un coleccionista experimentado. "No hacer nada es un método pésimo, pues al desocupado lo cercan las imágenes de su ocupación anterior". ¿No es esta una nueva forma para aconsejar la dinámica perpetua de la inteligencia, la acción constante de la imaginación?

El autor que creó a "Don Mirócletes", que asistió impasiblemente a su agonía y que conoció la historia pormenorizada de su pubertad, llegó a la convicción de que aquellos dos períodos de la existencia del hombre son los más acusadamente graves. "Los dos períodos más animales, más esclavos y fatales que tiene el ser humano son: la agonía y la pubertad. Ahí falta por completo el control de la inteligencia". Es que Fernando González sabe que la inteligencia, el imperio de la razón moderadora ejercerá siempre la rectoría del mundo.

Quien escribió "Viaje a pie" y "Pensamientos de un viejo" es un enamorado de la naturaleza y del arte; sabe que en aquella está la armonía imperecedera, la quietud paradisíaca a que los hombres nunca podrán llegar, y como un elogio supremo a aquella naturaleza que tanto ama y que tanto lo invita, ha dicho: "En la naturaleza no hay nada brusco; uno muere así como nace".

El autor de "Mi Simón Bolívar" cree que los hombres deben ser puros y sinceros, afirmativos y rotundos como los personajes que él ha creado, y solicitando esa fortaleza de espíritu que preconiza dice a sus lectores: "Para qué hacer cosas de que nos arrepentiremos o para qué arrepentirnos?" Y el Fernando González que conoció la muerte de don Mirócletes y que observó filosóficamente la agonía de Epaminondas; que reflexionó sobre los despojos del padre Urrea, comprendió que la muerte es el final elocuente y magnífico de esa veloz carrera de la vida y, como un místico del siglo XIX, exclamó: "Hay que aprender de todo, especialmente a morir".

¿Aprenderemos los hombres a morir? Seguramente no; pero entre tanto el atormentado escritor americano seguirá copiando de sus notas de observaciones, tal y como fué haciéndolas. "Así el lector comerá pedazos de carne humana cruda; esa es la literatura de esta humanidad ansiosa de hoy. Somos antropófagos" como él lo afirma.

Plumas autorizadas e inteligencias de brillo han dicho y dirán cuánto vale este "Don Mirócletes" de Fernando González, un libro escrito con la ruda verdad del hombre que no teme decirla.

Para nosotros el último libro del filósofo es motivo de hondas reflexiones.

Rafael Mejía Rivera

Manizales, Colombia, 1933.

Entierro de Tobías

= Uno de los fragmentos característicos de la novela *Don Mirócletes*. Editorial "Le Livre Libre". París, 1933 =

Estaba muy mojado el suelo, el cielo y el aire. ¿Un día horrible para enterrar a Tobías!

¡Ya todos lo queremos! ¡Ya comienzan sus virtudes! Apenas morimos, principiamos a ser ejemplares. Almorcé a prisa y salí. Me asomé a la iglesia y estaba únicamente el árbol trunco, con la cruz de cinta negra. Subí por la calle fangosa y encontré el cortejo cuando salía de la casa. Perdí el filosófico espectáculo de la viuda, porque la mujer no quiere al marido sino el día del regalo de boda y apenas lo sacan de la casa con los pies para adelante. El resto son menesteres domésticos que irritan los nervios.

Caras inexpresivas, almas insípidas. Lo único interesante era el doctor Tobar, con su pelo rubio y tieso cortado en cepillo. ¡Qué rubio tan feo y tan parecido al Código de minas de Antioquia! Fué mi maestro y nos hacía aprender el índice de ese mamotreto, el número de artículos; después, el número de títulos, los capítulos y sus nombres. Por eso destaca en este entierro, porque tiene un método, un capricho-método y lo encarna. Parece un índice. Se corta el pelo del mismo modo desde que es abogado; es decir, desde que echó pelo, y se parece en el saco, los ojos y el arrugado de la frente a un interdicto posesorio del Código de minas. Tobar es un hombre, y los demás asistentes al entierro, no. Es un hombre parado en sus dos pies, firme en su capricho, o sea en su alma íntima. Tuve ganas de abrazar a mi maestro. Los demás íbamos arrepentidos de haber obrado como obramos. No somos inocentes, no mani-

(Pasa a la página 205)

Un humorista colombiano

= Prólogo del libro *Memorias de un congresista*. Bogotá. 1933 =

El autor de este libro trajo en su horóscopo la predestinación de influir poderosamente en la vida pública de su patria. Desde niño le preocupaba el ágora. Entre sus camaradas de estudio promovía reformas, impulsaba a los indiferentes y contagiaba a todos de su interés por los nuevos aspectos de la vida intelectual. En las agitaciones de 1929, cuando la opinión pública desbordó en las calles clamando por una reforma de la vida política, Arciniegas llevaba en sus labios y en su movilidad espiritual la conciencia del día. Tiene el temperamento y el interés apasionado por la "causa" que caracteriza a los reformadores. Y a esta disposición del alma se une en su personalidad un temperamento de artista. La unión es rara, pero la historia ha presentado casos de inolvidable relieve, como el de Sandro Botticelli. El gran primitivo fué uno de los precursores del movimiento latino de reforma.

El autor de este libro se revela en sus crónicas de la vida parlamentaria como un refinado artista de la palabra. Su mérito principal como escritor arranca del hecho de que en la forma de su frase no se echan de ver ni el esfuerzo, ni la preocupación del estilista. Parece como si no conociera los grandes y pequeños recursos de que echa mano continuamente el escritor para ofrecer su pensamiento en formas donosas y plausibles. Acaso los conoce, pero sabe usar de ellos como si no fueran secretos del oficio. Su frase desprevenida, desligada de la convención y extraña a los esguinces retóricos le da al procedimiento un aire de frescura que para los no iniciados tiene apariencias de novedad. Pero la novedad está en la excelencia y en el desembarazo. Leyéndolo parece como si la frase hubiera tomado un rumbo falso de donde no va a poder salir sin un retroceso o alguna contorsión inelegante. Vano temor: sin estudio Arciniegas aplica todos los recursos del escritor avezado, pero hay tal concordancia entre el pensamiento y la expresión suya que el artificio no se nota, justamente porque no existe. En el autor de este libro aun el artificio parece natural.

De ahí nace el interés suscitado por estas crónicas y la benevolencia general con que ha sido recibido el cauterio, aplicado no sólo encima de las carnes de unos insignificantes legisladores sino de todo un sistema. De treinta años a esta parte, la forma parlamentaria de gobierno ha estado sometida en occidente a la crítica más tensa y severa no sólo en sus resultados sino en su esencia misma. Filosóficamente el sistema no llega a tenerse en pie. El voto popular no escoge ni las altas inteligencias, ni el saber tampoco y mucho menos el carácter para llenar las curules de los legisladores. Los electores no saben quiénes son los mejores ciudadanos de su patria y de esa ignorancia no puede culpárseles: conocer a los hombres no les es dado sino a muy pocos talentos. Es cierto que al pueblo le presentan una lista de nombres; pero esa lista está hecha por los mismos que la ofrecen o por sus allegados o agentes. De donde resulta que las elecciones son una farsa a que asisten quienes las organizan moviendo la lengua entre los corrillos y guiñando el ojo derecho.

Personas dignas, en minoría alarmante, suelen venir a los parlamentos, mas, por una desviación lamentable de las reglas de aligación, el concurso de las grandes inteligencias con la necedad y la ignorancia da un resultado digno de estas dos últimas cualidades, y el carácter puesto en contraste con la indignidad y la falta de respeto a sí mismo lleva de ordinario en esos cuerpos la peor parte.

Entre nosotros no hay verdadero sistema parlamentario, cuya tendencia es la coordinación del esfuerzo entre el que hace las leyes y el que las ejecuta. En el verdadero sistema parlamentario, de que es modelo el gobierno inglés, los ministros obran en acuerdo perfecto con las mayorías legislativas y las leyes resultantes tienen el asentimiento del gobierno y de las cámaras. Los ministros ejecutan las leyes concebidas, aceptadas o corregidas por ellos mismos para hacerlas viables o de ejecución beneficiosa. Con demasiada frecuencia entre nosotros, los ministros cumplen el mandato de leyes sancionadas contra su voluntad y en contraste con sus opiniones jurídicas y filosóficas. Tal es el absurdo del mal imitado sistema presidencial.

Además, este sistema, combinado con la estúpida ley de minorías y con las altas e inmerecidas dietas de los legisladores, hizo de las campañas electorales en este país un negocio igualmente deshonorable y lucrativo. Los espíritus desinteresados y los caracteres íntegros, la ciencia y el verdadero patriotismo llegaban a las cámaras en número irrisoriamente bajo y por equivocación. Esa clase de personalidades quedaba orgánicamente excluída del sistema, aunque tuviera sitio en los congresos.

Todo esto se ha dicho en obras filosóficas, en estudios de vulgarización, en artículos de la prensa diaria sin lograr que el sistema reciba la reforma que ha menester o que se encamine siquiera en busca de esa reforma. Quién sabe si la imposibilidad de ser reformado es condición de su propia naturaleza: no se puede reformar el absurdo; lo más a que puede llegarse es a hacerlo patente.

Esto es lo que ha logrado con igualdad y plenitud y no sin toques de artística belleza el libro de Arciniegas. No hace uso de intrincadas especulaciones, no se espacia en los campos de la dialéctica, excusa las amenidades de la filosofía y de la historia: expone. Y lo hace con una maestría descriptiva insuperable y con una visión desinteresada y perspicua que penetra en lo más hondo y más repugnante del sistema y de los caracteres, sin forzar el período ni disipar inútilmente los vocablos. Todo ello con un suave humor de calidad muy semejante a la británica. En efecto, para ser hu-



Germán Arciniegas

Dos crónicas de Germán Arciniegas

= Tomadas del interesante libro *Memorias de un congresista*. Editorial «Cromos». Bogotá. 1933 =

EL MERCADO DE IDEAS

> Y por la noche, cuando toma la lugareña sopa de tallarines y ajos, se afloja el cinturón.
>
> *Luis C. López*

La primera impresión que deja el congreso es la de un mercado. Un mercado de los nuestros: un mercado de pueblo. Tiene todo el color y el movimiento de nuestras plazas mayores, plazas del trópico desordenadas y ruidosas, en donde los parroquianos hablan, revolotean, gesticulan y alegan. Los porteros, los escribientes, los secretarios, los representantes se mueven con dificultad por los estrechos pasadizos que dejan las curules, y avanzan repletos de periódicos, de cartas, de libros, de papeles. Hay oradores que pregonan específicos, ruido de campanillas que se agitan para llamar la atención o para poner orden, gritos y golpes sobre los pupitres de quienes tratan de imponerse.

Nuestro parlamento, pues, es un mercado. Un mercado, eso sí, de ideas. Este es el destino que la democracia asigna a la reunión de los representantes del pueblo. Es una asamblea intelectual adonde cada uno de los elegidos debe llevar, cuando menos, una modesta idea que pueda servirle para cambiarla en el comercio parlamentario. Cambio de ideas sin una idea directora, sin una idea de oro a la cual deban referirse las demás, lo cual conduce más bien que al comercio en el sentido actual de la palabra, al mecanismo elemental del trueque. Pero, en todo caso, no hay quien no vaya armado de una idea y, como es obvio, quien no la haya tomado de algún libro. Los

(Pasa a la página siguiente)

morista la primera condición del espíritu es el desinterés filosófico. El sarcasmo arde en pasión interesada y por eso es considerado como el procedimiento retórico más opuesto al humor verdadero. La ironía, menos quemante (se viste a veces por engaño con ropas heladas) es siempre el resultado de una pugna con el medio o con el hombre y por tanto es apasionada. El chiste, forma inferior de ingenio, lleva siempre entre los pliegues del retruécano una agria intención mal disfrazada. Es inútil buscar aplicación personal malévola en las obras de verdaderos humoristas; por eso no lo son aunque lo parezcan el deán Swift o Enrique Heine. El humor es cristiano. No se conoció antes de esa era. Contiene un fondo de piedad que no conocieron los antiguos. Acaso lo tuvo Sócrates, si hemos de juzgar por la transcripción de sus enseñanzas, tal como aparecen en los discípulos y admiradores del mártir ateniense.

Sin el uso de términos extremos, Arciniegas ha marcado con puntas de fuego el sistema parlamentario y a los parlamentarios de 1932. Sin embargo, sus crónicas eran leídas por los representantes con la sonrisa en los labios, primeramente porque aun entre los parlamentarios hay gente de buen gusto literario y además porque uno de los estigmas de la profesión legisladora es la ablación del sentimiento individual de la responsabilidad. Este es el cáncer del sistema. No se comprende que individuos en cuyas atribuciones está el poder más grande de causar daño al país y a sus habitantes individualmente carezcan en absoluto de responsabilidad ante la ley. Se ve el caso aflictivo de ciudadanos intachables en cuyas sanas conciencias individuales se puede confiar ilimitadamente, sirviendo en los parlamentos a las más indignas maquinaciones para favorecer a deudores oblicuos y para encubrir la situación de establecimientos señalados por el alarma general.

Arciniegas olvidó un incidente en cuyos pormenores se refleja el estado de alma parlamentario y el carácter de empresa lucrativa que se le da entre nosotros a la función del congresista. En una de las últimas sesiones se discutía el proyecto de ley sobre reforma universitaria. Inopinadamente un legislador propuso la alteración del orden del día para que se considerase un proyecto de traslación de partidas en el presupuesto. El presidente de la cámara respectiva observó con gran templanza que no era proporcionado ni congruente hacer alterar el orden del día para considerar traslación de partidas en el presupuesto, cuando estaba discutiéndose un proyecto de ley tan importante como el de reforma universitaria.

—Eso puede dejarse para más tarde, añadió el presidente, como negociado de menor importancia.

De pies y ardorosamente inspirado repuso el proponente:

—¿Cómo de menor importancia? Es un punto de vital significado. Se trata de trasladar una partida en el presupuesto a fin de que se nos puedan pagar nuestras dietas que necesitamos para vivir.

El argumento parece haber apelado al sentido vital del presidente. Se concedió la alteración del orden del día. En el concepto de una gran mayoría de la representación nacional la educación de la juventud, la formación del carácter, la preparación de las generaciones venideras para servir a la república e impulsarla por las rutas de su manifiesto destino eran cosa menos importante que la percepción de las dietas.

"¡Ecce homines, ecce systema!"

B. Sanín Cano

Dos crónicas de Germán...

(Viene de la página anterior)

libros tienen un prestigio extraordinario en el congreso. Aún el más humilde representante, analfabeto sabe de un libro—no importa que se trate del modesto libro del reglamento—y para erguirse sobre sus compañeros lo hace siempre afirmándose sobre las páginas genitoras.

No hay para qué demorarse a decir que en este mercado, como en los mercados parroquiales, no figuran los productores del género, sino los intermediarios, los revendedores. Por eso el prestigio del libro. El libro extranjero, por ejemplo, las ideas extranjeras, tienen siempre un valor más alto. Ahora, con motivo de la revolución española y de cierto impulso nacionalista o racial, muy en boga, la mercancía peninsular empieza a tenerse en mayor estima. La idea francesa, como siempre, tiene una gran demanda. Los productos exóticos: alemanes, polacos, suecos, sorprenden y son de un efecto indiscutible.

El representante Sotero Peñuela ocupa en este mercado un puesto destacadísimo. El representante Peñuela es uno de los individuos de mayor personalidad, de la personalidad más definida que pueda contemplarse dentro del paisaje del congreso. Es un viejo sólido, corto de estatura, de rostro macizo, cuadrado, erizada la cabeza, que se para abriendo las piernas en compás y habla con las manos metidas tras de la pretina de los pantalones. A mí me seduce esta figura que parece arrancada a los sonetos de Luis C. López en donde el poeta describe los Hongos de la Riba. Tiene algo de aquel alcalde, o algo de aquel barbero, que son los tipos clásicos de nuestra literatura vernácula. Casi podría decirse que figura, mano a mano, como dicen nuestros rapaces, con aquel famoso mayor cuyo bosquejo remata el lírida de este modo:

> ...Y por
> la noche, cuando toma la lugareña sopa
> de tallarines y ajos, se afloja el cinturón.

El representante Peñuela atiende al puesto de cosas de viejo, de antiguallas, de artículos que llamándose de segunda, lo son en realidad de quinta o de sexta mano. El, como todos, tiene sus libros: alguna historia del general Obando, números de la "Gaceta" en donde se relatan los ataques de Mosquera dirigidos contra las monjas y los frailes, los cuentos de Gumilla, memorias de las Misiones, y la infamante leyenda de las logias y de la revolución francesa.

A la manera de esas viejas rechonchas que asisten a la feria del domingo inmóviles, detrás de las canastas en donde los chicharrones se abren como una flor gigantesca—espuma dorada del puchero aledano y que son, por su mismo volúmen y gravedad, por la mole que cubre la anchurosa falda de repolla, como la clave que sostiene el arco de lo permanente sobre el rumor de la dispersa muchedumbre, del propio modo el representante Peñuela, detrás de su curul, con una pila de libros en donde cada uno tiene el tamaño de un adoquín, es el centro del congreso, la clave de la tradición, el punto muerto de la mecánica democrática.

En el curso de estas memorias, volveré muchas veces al recuerdo de esta estampa del más puro colorido terrígena. Para mí, un congreso en donde no figurase el representante Peñuela, sería un paisaje lunar, algo que no puedo concebir dentro del humanismo que preside a todas mis imágenes. Ese rostro lampiño y peludo, ese cuello almidonado con el par de triángulos blancos abriéndose al paso de la papada de acordeón, es algo con lo cual llega a encariñarse el espectador, que alegra muchas veces aun desde el fondo de coraje en que solemos hundirnos los muchachos, cuando vemos en todo ello la imagen de un estorbo que le ataja el paso a nuestras ambiciones vanguardistas y revolucionarias.

El comercio de las ideas en el congreso es uno de los comercios más extraños

a que pueda asistirse. Aparecen de pronto finos mercaderes que las ofrecen en la forma más exquisita y más discreta, con una mesura en las palabras y una tranquilidad en el semblante que dejan cautivos a todos los parroquianos. Pero los menos diestros, pero los más zafios y simples y zurdos, no ofrecen sus ideas sino que las mandan. Las mandan como quien manda una pedrada. Tienen toda la rudeza de la provincia, agravada tal vez por la ignorancia que esconde ese fondo respetable que tienen todas las opiniones respetables. Hay que pensar, para pensar en esta modalidad del congreso, en un rudo conductor de partido, o que conduce una partida en las veredas de nuestra patria silvestre, y que por esta circunstancia cae al recinto del congreso para mandar sus fuerzas ciegas. sus ideas de piedra en medio de una confusión en donde los unos ríen, vociferan los otros, y el presidente pone a reventar la campanilla entre un murmullo que se levanta del recinto de los honorables para crecer y dilatarse en las graderías destinadas a la muchedumbre de los espectadores.

DEMOCRACIA Y MUCHEDUMBRE

Pongamos que soy joven, fuerte, sano, rico hermoso, inteligente y bueno. Hace un luminoso día de primavera. Estoy en un ameno y perfumado jardín. Corren y brujulean arroyos de frescas aguas. Cantan aves melodiosas. No lejos, en un palacete, se oye una orquesta exquisita. A mi vera se halla una linda mujer a quien amo y que me ama. Hemos leído versos de un poeta dilecto, apostillando las estrofas con encendidos besos. ¿Qué me falta para ser feliz? Nada me falta; sólo una cosa me sobra: las botas que me aprietan y lastiman, no mucho, más lo bastante para ensombrecer, y amargar toda mi dicha.

Pues aunque no otorguemos a la política sino este minúsculo valor negativo, ¿no son el señor Sánchez Guerra y el señor Cierva, por ejemplo, peores que un par de botas angostas? ¿No son capaces de distraerle de sus extáticas especulaciones, y agriarlo, al espíritu más noble, ecuánime y platónico?

amón Perez de Ayala

Entre las ideas viejas que circulan por la cámara hay una muy curiosa de la cual, naturalmente, es adalid el representante Sotero Peñuela. Esta idea consiste en que todo representante tiene el derecho, y aun el deber, de intervenir en todo asunto. Yo, por ejemplo, que no soy sino un modestísimo escritor público y, cuando más, aficionado al estudio de cualquiera rama descabellada de la educación, puedo, según esta teoría, y hasta debo, meter baza en el asunto de la lepra, en la reforma a los estatutos del Banco de la República y en las modificaciones al código civil. Esta teoría del representante "todero", expuesta con lujo de intervenciones por el conspicuo representante de la vereda boyacense, podría pasar a la historia del derecho con el nombre de la Teoría Peñuela.

Suponed que tres sabios han encanecido adiestrando sus inteligencias en un aparte del saber, que han perfeccionado la técnica de su oficio hasta hacer de ella una maravilla de precisión y sutileza, y que, puestos al servicio de la república, presentan un proyecto de ley que es todo un prodigio de ajuste, con lindos secretos, resortes y combinaciones que hacen de él una maquinaria fina, delicada, sensible. Llegan los papeles de los sabios a la secretaría de la cámara, y los representantes toderos se trepan como micos en el escritorio y los revuelven en un abrir y cerrar de ojos, con tanta agilidad y tanto garbo, que no queda de la maquinaria fina sino una cosa parecida a esos esqueletos de automóviles que se tiran al orín del abandono en los basureros de Nueva York.

El representante todero es el representante que no admite orden, subordinación, método ni disciplina. Por encima de todas las cosas él se siente real y verdaderamente el enviado de cuarenta o cincuenta mil ciudadanos que están dispuestos a hacerse oír, y a que se les oigan hasta los vizcaínos en la junta o asamblea de la república. Casi no es ni por presunción científica, sino por principios, que los toderos hablan: ellos tienen que afirmar su derecho a expresar opiniones hasta más allá de los límites de lo posible, de lo verosímil, de lo imaginable. Ellos llegan a sacrificarse, conscientemente, en aras de lo que consideran un principio democrático.

Pensando en esta forma, los toderos se sublevan contra la idea de que en el parlamento puedan funcionar comisiones técnicas a las cuales deba hacerse confianza para que organicen un proyecto de ley, para que le den unidad y concisión a los debates. La más elemental de las comisiones establecidas para fijar un orden dentro de la cámara, es la comisión encargada de prescribir el orden del día. Todas las mañanas esta comisión se presenta con un plan de trabajo y, automáticamente, saltan cuatro o seis representantes a proponer una serie de mociones que llevan este preámbulo: "Altérese el orden del día y considérese lo siguiente". De tal suerte que el orden del día resulta ser el desorden del día, y la cámara queda flotando como una el plan fijado por la comisión que preside bandera de derrota de que hacen escarnio los representantes del pueblo.

En esta maniobra de alterar el orden del día hay especialistas. Yo los consideraba en la cámara como oradores de travesía, como esos indios de nuestra Sabana que no siembran para las cosechas de año sino para las que llamamos, en Fontibón, de mitaca. Mi ilustre amigo Vélez Calvo, por ejemplo, es de mitaca. El lo hace porque la política, como deporte, le subyuga, y no hay trampa más ventajosa para hacer política como la de desarmarle su orden del día a la comisión de la mesa, sorprender a la cámara con un discurso de travesía y hacerse el cabecilla de lo imprevisto. Y el representante Vélez Calvo es mañoso, ladino, casi taimado. Se le ve hasta en la mímica. La mímica es a veces reflejo fidelísimo que traiciona a los oralores parlamentarios.

Me recordaba ayer don Tomás Rueda Vargas algún incidente ocurrido en el congreso de 1903, cuando el doctor Antonio José Uribe se ofreció para hacerle frente al genio terrible del señor Caro. El doctor Uribe, reza la anécdota, inició una de esas disertaciones que le son características para combatir la tesis del señor Caro. El señor Caro se retiró a los pasillos, y cuando regresó, después de transcurrida una hora o algo más, el doctor Uribe. quien, como es obvio, seguía disertando, se dirigió a él en estos términos:

—Deploro que el señor Caro no me haya oído cuando estaba presentando mis argumentos contra su tesis.

—No lo necesitaba—respondió de un tajo el aludido.

—No me explico una respuesta semejante, balbuceó el doctor Uribe. Cómo va el señor Caro a responder mis argumentos, cómo va a conocerlos sin haberlos oído?

—Yo no necesito oírle, dictaminó Caro: le he visto caminar, y eso me basta.

Al doctor Vélez Calvo basta verle cuando hace una exposición de travesía para comprobar la maroma política en que se aventura. Dobla la cabeza mirando de sesgo, hacia las patas de los pupitres, con una intención absolutamente diagonal, intención que es de momento, desde luego, y que sólo obedece a travesuras políticas que le hacen sonreír con una sonrisa que sale, como de un cojín de raso, de la albura de su rostro repujado. Lo que más me fastidiaba en estas intervenciones del representante Vélez Calvo era que no me miraba y que, como lo dejo insinuado, le hablase a las patas de los pupitres.

Me atrevo a creer que hay dos conceptos que luchan ahora por imponerse en los parlamentos. El uno es el de la democracia y el otro el de la muchedumbre. Democracia, quizás, no quiere decir un gobierno en donde todo el mundo participe. Democracia es un sistema en donde se va a sistematizar el gobierno del pueblo. Un sistema en donde las cosas van surgiendo de abajo, de la masa anónima, a través de los comicios, y en donde las funciones se van delegando para seleccionar las capacidades. Y esta selección puede hacerse en todos los grados: dentro de la cámara misma: para no dar paso a una cosa que Ortega y Gasset calificaría de gobierno chabacano, y que nosotros encontramos gobierno de chambones.

El ideal en la teoría Peñuela es un ideal de cabildo abierto. Que todos hablen, que se hagan leyes sacadas del tumulto, de las opiniones agrupadas en muchedumbre. Así oyeron y así tradujeron los campesinos el grito de "¡Gobierno del pueblo!", echado a la Plaza Mayor por don José Acevedo el 20 de julio de 1810, y los representantes han dejado, así, virgen, la interpretación que de esta frase puede hacerse.

Los intelectuales—tres o cuatro personas que han trajinado por las teorías del derecho constitucional — se quedan perplejos ante esta teoría de los toderos. Me parece típica la alarma de los españoles cultos que llegaron a las cortes de Madrid, implantada ya la república, y se hallaron ante los Peñuelas peninsulares, que se corrían dos agujeros del cinturón y empezaban a dictaminar sobre la organización de la economía española.

—Cuando se discuta la constitución, dijo trémulo don José Ortega: pediremos muchos que conste en ella la obligación, por parte del parlamento, de no discutir cuestiones económicas, sin que previamente las comisiones parlamentarias posean un dictamen técnico de un nuevo órgano parlamentario: el Consejo de la Economía Nacional.

Pero era que en Madrid se estaba creyendo que democracia era lo que aquí solemos practicar: el derecho de intervención de todos en todo, el derecho a estorbar el trabajo, a no permitir que el trabajo se ajuste a un método.

Precisamente, iniciada la república, un periódico se indignó contra el presidente porque no recibía en audiencia especial a todo ciudadano que lo solicitase, y porque no consagraba sus doce horas de trabajo a la elemental función democrática de recibir las visitas de los golfos de Madrid. Y que conste que este cuento viene a cuento.

Germán Arciniegas

Carta abierta a R. Blanco-Fombona

Pugnar contra Machado, es lo que debe hacer el cubano joven y limpio

= Envío del autor =

La Habana, 3 de febrero de 1933.

Sr.
Rufino Blanco Fombona,
La Voz, Madrid.

Mi admirado compañero y amigo:

Leo en estos momentos una Nota de la Embajada de Cuba en Madrid en relación con varios artículos anónimos aparecidos en **La Voz** denunciando la terrible realidad cubana. He recordado que es usted redactor ilustre de ese periódico y servidor excelente de la buena causa americana y me decido a enviarle estas líneas apresuradas rogándole que las haga publicar en el lugar que estime más adecuado. Mejor, si en **La Voz** misma. A todos interesa, a los cubanos residentes en España, a la España oficial, a la España popular, a nuestros hermanos del Sur, la verdad escueta y profunda del caso cubano. Hagamos por anotar del modo más sintético y expresivo sus lacerantes relieves y sus fuentes productoras.

Sufre Cuba, aunque lo ignore el delicioso señor García Kohly, una tiranía inhumana, cruel, barbárica. Desde que el General Machado, tipo acabadísimo del déspota criollo, asumió el poder, el cubano se retuerce en tortura continuada. A medida que un pueblo admirable ha ido mostrando su protesta,—llegada a límites heroicos—la mano del Dictador ha ido segando vidas y derechos. Aunque nunca existieron para Gerardo Machado ni la norma jurídica ni el escrúpulo moral, al comienzo de su gestión gubernativa se detuvo en ciertos límites. De tres años a la fecha es tal nuestra vida que se hace necesario acudir a los días lejanos del doctor Francia o a los actuales de Juan Vicente Gómez para encontrarles similitud y paralelo. La sangre joven, como siempre, la sangre de muchachos y muchachas en adolescencia, es la más apetecida de la jauría machadista. No pasa semana sin que el Comandante Arsenio Ortiz, al frente de un grupo de asesinos profesionales, ofrezca a su dueño alguna heroica cabeza juvenil. En muchas ocasiones la víctima en nada ha inquietado al tirano, no importa. Interesa que las muertes sigan para que continúe el terror. Ya Madrid está bien enterado del asesinato del estudiante González, ajeno a las luchas civiles, que ha dado lugar a la ruidosa reclamación que el dignísimo Encargado de Negocios de España, Sr. Forns, ha establecido ante el Sr. Ferrara, Secetario de Estado del Dictador y uno de sus más dóciles instrumentos. Es este un caso entre mil y, con toda su monstruosidad, no el más espantable.

La enseñanza pública no existe en Cuba hace más de tres años. La Universidad, los Institutos de Segunda Enseñanza, las Escuelas Normales y de Comercio han sido clausuradas definitivamente ante el explicable temor de que sean sus aulas centros de denuncia y rebeldía. Los encarcelamientos de profesores universitarios son frecuentísimos. (Seis meses en incomunicación absoluta me ha tenido confinado la Dictadura en el Presidio de Isla de Pinos). Y hay muchos presos políticos—estudiantes, obreros, intelectuales, — que llevan ya dos años en cárceles sombrías, padeciendo los mayores vejámenes, debilitados y enfermos por la comida infecta. Son numerosísimos los cubanos de toda categoría que se han visto forzados, frente a la cárcel o la muerte, a emigrar a los Estados Unidos y a México. Pronto, como en Venezuela. sólo podrá permanecer en la isla desdichada el indiferente, es decir, el cobarde, o el apañador de los crímenes dictatoriales.

No es este el lugar para aislar las causas históricas, sociales,—y hasta clínicas —productoras del tipo de gobernante que Cuba padece. Se acumulan ya los datos oportunos y día llegará en que el triste fenómeno machadista quede explicado a satisfacción. Pero sí parece coyuntura ésta para preguntarnos cómo frente a la repulsa violenta de toda una comunidad, frente al esfuerzo de estudiantes, obreros, intelectuales y políticos, se mantiene y perpetúa un régimen de arbitrariedad, de peculado y de sangre. Miradas las cosas en la superficie, —faena tan del gusto criollo,—la contestación nace rápida: basta para sostener a Machado en su cargo un ejército ampliamente favorecido, mimado por el Dictador hasta límites imprevisibles. Pero si el caso cubano se penetra con doloroso amor, con preocupación serenamente apasionada, surge del fondo de sus datos la explicación verdadera. Expongámosla.

Cuba, son muchos a saberlo y pocos a declararlo, no es dueña de sí. Su economía, **es decir, su vida**, está en manos extrañas y poderosas. Su tierra, su industria,—azúcar, tabaco, elaboración mineral,—y buena parte de su comercio pertenecen a corporaciones norteamericanas. Su gobierno ha de responder fatalmente a la inspiración y al querer de los dueños de su economía, de **sus dueños**. El aparato político es en Cuba cosa ficticia, movediza, desarraigada, muerta. Los intereses económicos determinan, como en todas partes, el resultado electoral, la realidad política. Esos intereses no están en manos cubanas. No puede ser cubana la voluntad del que gobierne a Cuba.

Dentro del fenómeno genérico del imperialismo yanqui se está observando en estos últimos años una especial particularidad desprendida de su propia esencia. Las tierras coloniales están siendo teatro de luchas a brazo partido entre las fuerzas financieras del imperio. El gobierno de la Colonia pasa, en ritmo pendular, de un criollo a otro: del representante local de determinado trust al dócil ejecutor de un interés bancario específico. Las corporaciones de turno, —de turno triunfante—en la metrópoli, **eligen** al mayoral de la finca lejana. A Machado lo hizo presidente de Cuba la General Electric, mediante una filial **ad-hoc,** la Compañía **"Cubana" de Electricidad,** dueña y señora ya del negocio eléctrico en la isla. (El kilowat cuesta en los pueblos cubanos **más de cuatro veces** lo que en New York. Y una legislación ordenada por Machado a **su** Congreso hace este privilegio permanente). Cuando el Procónsul se siente, como ahora, combatido por sus súbditos acude a las corporaciones yanquis que sirvió y enriqueció. Estas le pagan el servicio en los salones del Departamento de Estado. Los intereses que, al apoyar a la General Electric y a otras empresas poderosas, resultaron lesionados, gritan,—en compañía de cubanos ciegos o demasiado largos de vista,—para que Washington derroque a Machado. Pero, por el momento, los amigos financieros del Dictador dominan, y cuando los descontentos y maltrechos hablan de la ruina económica de la colonia, Mr. Stimson dice que no puede haberla en un país que, caso de excepción en el mundo, paga puntualmente su deuda exterior. Con efecto, los maestros cubanos en activo servicio hace ocho meses que no perciben sus haberes, pero el prestamista de Wall Street cobra al día su emolumento. Para Washington, como para el señor García Kohly ("barriga llena corazón contento", dicen por aquí), hay en La Habana un gobierno paternal, justiciero, angélico. Es que los presos políticos cubanos son irremisiblemente suicidas, que los estudiantes—¡ingratos!—no saben estimar la caricia de los máuseres policiacos, que los obreros no penetran el bien que se les hace al cerrar sus centros y suprimir sus líderes, que las muchachas desconocen el beneficio deportivo que reciben sus músculos al forcejear en las calles habaneras con las prostitutas fornidas a sueldo del Dictador.

El Embajador yanqui en La Habana, Mr. Gugenheim, advierte el crimen de Machado y, beneficiado en sus cuantiosos negocios y engolosinado con la jugosa **unificación de la deuda,**—que propicia y encauza, calla con sabiduría judaica y defiende al Dictador ante Mr. Stimson. Mr. Roosevelt, campeón de intereses no-hoverianos, empieza a considerar, presionado por sus grandes electores financieros, la situación de La Habana. ¿Derrocará a Machado? ¿O seguirá percibiendo la mesada que de La Habana llega con inusitada puntualidad, refiriendo a los cubanos la solución de su tragedia? Si Roosevelt termina—y puede hacerlo de un plumazo,—el terror cubano, será sólo para proyectar sobre Cuba la acción de sus banqueros e industriales, para remodelar a su capricho y conveniencia la posesión yanqui de la isla.

Frente a esta dolorosa encrucijada, ¿qué camino debe tomar el cubano joven y limpio? Este: **pugnar contra Machado,** que es no sólo el crimen sino la entrega al oro rubio. Y organizar revolu-

cionariamente, para ahora y para después, la acción eficaz que traiga la libertad económica, la libertad verdadera. Por gran suerte, la mejor juventud de Cuba empieza a comprender el problema en su real significación, a penetrar esta verdad última: que mientras el régimen económico del mundo sea el actual, Cuba será esclava y la permanencia de un Machado en su gobierno cosa más allá de la voluntad cubana, que mientras el dólar irresponsable y en manos extrañas ordene a distancia, la mejor rebeldía será grito perdido y lamento sin virtud.

Mil gracias, compañero, por el servicio que hace usted a mi tierra haciendo saber en el centro de España lo que en Cuba ocurre y ha de ocurrir. Y sepa que lo quiere y admira muy de veras, su amigo,

Juan Marinello

Entierro de Tobías...

(*Viene de la página 200*)

festamos el alma íntima y por eso tememos caer fulminados como Tobías.

De pronto, en la iglesia, me pareció que todos éramos cadáveres, menos Tobar. Todos éramos cadáveres barrigoncitos. ¿Dónde está la vida mental que pueda quedarnos después de caer fulminados? ¡Nada! El único que hay aquí vivo, la única supervivencia que hay aquí es el maestro Tobar, porque representa un método, un modo propio de manifestarse. El no plagia, no va a caer como Tobías. El fué el inventor del método para aprender el Código de minas.

¿Quién es el primer actor en este entierro? ¡Cuán curioso! Es Tobar. Mi mente no agarra a Tobías, no puedo concentrarme en él sino en Francisco Eladio Tobar, que se corta el pelo como un cepillo de los dientes y que vive un método. Por eso he sostenido que cuando hay un gran hombre en un país no debe haber elecciones. **Ya la Naturaleza eligió.** Y si las hay y no eligen al gran hombre, siempre será él quien manda.

Uno, a quien no determiné, me dijo que acababa de morir D. Miróc!etes. Allá debe estar, con la cara aplastada por la ausencia de fluído nervioso, con los brazos separados por los gordos de los sobacos que impiden que se junten al busto. Debe estar boca arriba. Es como un ave que va a volar verticalmente. ¿Para dónde volarás? ¿Quién es el juez? ¿Quién conoce sus méritos y sus culpas? ¿Quién le oyó en la fiesta del santo de su mujer? Nadie sabe las cosas que le decía a Dios en sus momentos de intima convivencia con El en soledad. Aquí están todos estos calvos y barrigones que ya huelen, juzgándolo; pero le cedían la acera, lo buscaban. ¿Quién es malo? ¡Si nadie oye lo que otro dice a Dios cuando entra a saludarlo! En todo caso, yo admiro desde mi niñez a don Mirócletes y lo considero la persona más interesante, más llena, de Medellín. Era la idea de amor a los hijos y esposa. La idea de preguntar por los pleitos en las secretarías, con egoencia. La idea de caminar con autoridad. Fué un varonil y todo él fué don Mirócletes. Era un hombre deslindado. No se parecía en nada a nadie. Todos sus actos salían de su propiedad. Pienso que aquí en el entierro de Tobías no hay sino dos mentes: Francisco Eladio Tobar y don Mirócletes. ¡No ven! Se trata del entierro de Tobías y, sin embargo, Tobías no ocupa el centro del cuadro. Carece de egoencia. Asimismo, cuando hay un gran hombre en un país o ciudad y se casa alguien y va aquél a la fiesta, el papel principal es el suyo: parece que él fuera el novio. Nadie que no sea digno puede representar la figura principal en ninguna escena. Por eso, las elecciones son irracionales. Pues aquí Tobías casi no figura. Están Francisco Eladio Tobar y don Mirócletes. Los demás somos bienes comunales, elementos amorfos de la creación. ¡Pobre Tobías! ¡Hasta el entierro se lo quitan a uno los hombres de personalidad!

Un amigo, nuevo rico, casado con rica, me llevó en su automóvil. Colocaron el ataúd cerca de una bóveda a ras del suelo, nueva. Pensé que me gustarían más las altas. Esto de no poder **realizar**, actualizar que el cadáver no siente! Destaparon. Todo Tobías estaba envuelto en una sábana que ya estaba mojada y manchada en la parte del vientre, por ahí en los hipocondrios. Le echaron cal. Vi los pies muy apretados con la sábana. Taparon y empujaron. Sonó el ataúd muy fastidiosamente contra la arenilla del suelo, pues ahí habían preparado el cemento. Tuvieron que empujar dos, pues Tobías era gordo. Pusieron una media esfera de ladrillos, hecha **ad hoc** y que se adaptaba a la boca de la bóveda, y la pegaron con cemento. Como quedaba chica, la acuñaron con tejos antes de embadurnarla con el cemento. Duró como cinco minutos la labor del artista del cemento, alisando, puliendo, para que no se saliera nada de Tobías. Un su hermano se acercó y escribió, con un lápiz ordinario: "T. Ramírez". El cemento, muy arenoso, se comió el lápiz y quedó muy ilegible. Así de ilegible quedó el rastro, la firma que Tobías dejó en la vida. Al terminar, miró la punta del lápiz, tembló un poco y volvió a acercarlo al pie de la **T** para poner de nuevo el punto.

El enterrador era muy feo, un mulato horrible. No era el hijo de Urquijo, el gran artista que entierra en dos minutos y que se mueve tan elástica y noblemente, que consuela a los asistentes. Me pareció que se había salido un enterrado a enterrar a Tobías. Se me olvidaba que Rendón, el de la Agencia Mortuoria de moda, el que trajo un automóvil con rieles, muy confortable para los cadáveres, se dejó las barbas y tiene una figura fúnebre. ¡Qué barbas tan feas, tan consonantes con la muerte!

Se acabó y me voy a la casa de don Mirócletes. Berenguela está furiosa porque no le cambio el papá a Manuel, como si ello estuviera en mi mano. Apenas soy un copista de lo que me dicta Dios. Escribí este verso: **Oiré la voz y obedeceré.**

Fernando González

Lector: Hágase de estas obras de Fernando González.

Viaje a pie	₡ 5.00
Mi Simón Bolívar	5.00
Don Mirócletes	5.00

Con el Adr. del *Rep. Am*

INDICE

CON EL ULTIMO CORREO:

Luis de Zulueta: *La edad heroica*	₡ 2.50
Fernando González: *Don Mirócletes.* (El Perú es una mina trabajada por esclavos). Es lo único que se dice del Perú en este libro	5.00
Fernando González: *Viaje a pie de dos filósofos aficionados*	5.00
Alfonso Maseras: *En América Meridional.* (Brazil, Uruguay, Argentina)	1.50

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

Pastel fosco de una grácil ida

A *Arturo Zapata*, gallardo espíritu de selección.

Manizales, diciembre 10|32.

Hace días que no le envío nada para su Repertorio. Hoy quiero violar ese silencio acompañándole un poema de Alberto Gil Sánchez, otro de los muchachos de la generación intelectual de vanguardia colombiana.

Gil Sánchez es de Medellín, pero no pertenece a los "hombres gordos" de que habla Fernando González, sino a los otros, a los que no son gordos, ni políticos, ni accionistas de sociedades anónimas.

El poema que le incluyo y que a estas horas hace parte del equipaje espiritual de doña Berta Singerman, parece que fué escrito en momentos de hiper-emotividad sensual, si así puede decirse, y en todo él se entrelazan las imágenes frescas con los motivos ornamentales suntuosos, que dan al conjunto una exquisita musicalidad. En medio de los gritos de duda aparece la tendencia al nocturno modernizado.

Algunos críticos nuestros sostienen que Gil Sánchez está influenciado por Leon de Greiff, pero el poeta asegura que ello no es cierto. No sé por qué soy poco crítico.

En todo caso, dejo en sus manos el poema de Gil Sánchez y lo saludo con toda cordialidad.

(Renglones alusivos de una carta al editor del *Rep. Am.* De un amigo y colaborador en Colombia).

Ni en Nischapur de Khorassán,
ni en Singapur, ni en Dchnistán,
ni en los países del azur,
ni en Capri, en Chipre o en Catay,
ni en el exótico Indostán,
ni en el silente Afghanistán
está.

Lituania hostil, lívida Estonia,
albo Judá, negra Etiopía,
verdes kimonos de Tokío,
costas de Alaska y Patagonia,
playas del Bósforo.

En el Cairo
tampoco Astulfo la encontré.
Del Polo Norte al Polo Sur
por todas partes la busqué.
Y no la hallé..., y no la hallé...
se fué..., se fué..., y yo no sé
en dónde está. Tal vez allá?
Dónde es allá? No sé..., No sé...
Quién me dirá dónde es allá?
Ni aquí. Ni allí. Tal vez en mí.
Seguro sí que allí estará!
Alguien me dice que está en Dios
y Dios existe entre los dos!

Y fué su boca grísea que rósea boca fué!
y fué su piel azúlea que piel marfilea fué!
fueron la boca y el pezón,
jugo de fresas de Circasia,
sobre un pináculo del Asia!

No ya dorados remos azoten su epidermis
que láctea cual la leche sobre las horas lácteas,
sobre sus blondas aguas sintió nadar mi ensueño
perdido como un leño, perdido entre la mar.
Entre la urdimbre ténue y azúrea de sus venas
el jugo de mis híspidas voces circuló
y rauda y ronca y ríspida sobre su sed corrió
mi sed que en mallas diáfanas un límite buscó!
No ya los vientos gélidos sobre su pliegue eléctrico
la nívea mano pueden tender, ni el aire leve
la besará con fiebres sutiles y esporádicas
como cuando era surco de luz en el espacio!
Ya no, ya no es rosáceo camino de semillas!
Ya no, ya es un grisáceo camino de ceniza!



Ese viento...

Dibujo de *J. M. Sánchez*

Y están sus manos álgidas, y están sus manos rígidas,
sus manos que eran ríos donde me hundía yo.
En la dormida anemia de las mañanas cálidas,
sus manos que dejaban mi cuerpo untado en luces
y en mi cabello músicas elásticas de amor!

Ya no es el candelabro magnífico que fué.
Y está la boca grísea, que rósea boca fué.
No es ya la lumbre roja que fué cuando la amé.
La hoguera que con agua de besos apagué.
El mástil que con llama de besos encendí.

Sobre la cristalina ciudad de mis pasiones
bruñida al soplo recio de tropicales oros,
con mirtos que coronan sus ambarinas cúpulas,
su vida fué un viajero sin brújula y sin ruta.
Sobre este mar con olas de sangre de mi vida
su vida fué un grumete que pereció en el mar.

No ya guarida arrítmica para mis versos rítmicos
su espirituosa carne será como antes fué.
No ya entre sus guedejas abiertas a la tarde
con tintas de violeta, de múrice y naranja,
ni entre sus muslos blancos abiertos a la noche
como granada en francas dehiscencias purpurinas
que en dos mitades taje la hoja de la vida,
caerán como semillas que maduró el estio,
sobre los montes pardos, y verdes, y cenizos,
la luna, el sol, y el pálido anillo de Saturno!

No ya el maíz en oro violento de mazorcas
serán sus lacios bucles que no veré ya más.
No ya veré la ajorca bajo su pelo rubio
hacer dorados juegos de rútilo sabor.
No ya volutas de humo salpicarán su frente
con realidad, como antes en el espacio bíblico,
que ahora en el recuerdo ya le han de salpicar.
No ya serán sus ojos carbones de esmeralda
ungidos al crepúsculo con cintas de topacio,
con ópalos de fuego y encajes de amatista,
y trémulos, y erráticos, y breves, y dinámicos,
y deambulantes suaves por la amarilla alfombra
que pisa los collares de carne, suspendidos
al cuello de mis huesos por nácares en lis.
Sus vacuos y acres ojos entre mi vida están
clavados cual sangrientas y turbias banderolas
y están mis ojos llenos de líquido estupor.
Cuántas más picas clavará
la ética frágil del amor!
No ya la arcilla albísima tendré de su garganta,
sus brazos y sus hombros madera del ombú;
no ya tendré en mis manos su pecho frutecido
como la copa de una magnolia cuyo cáliz
remate la fontana cereza de un rubí.
No ya vendrá a la plácida esquina de mis horas,
su islámica diadema con gemación de granas,
orquídea que en los ácidos de las tinajas húmedas
se perfumó de menta, arroz, anís y sal.
No ya veré en albadas a sus sandalias, cunas
donde nacieron esos poemas de sus pies.

Y negra fué la ojera que ayer violácea fué!
No ya sobre sus labios mis labios un instante
a las cascadas plenas de plata de su risa
suspenderán con vallas elípticas de luz.
Y blanca fué la boca que en bermellones fué!

No ya su fina imagen, carmínea a puntos, y antes
virgínea, el bello espejo florar verá ciñendo
a las imperias formas aquel vestido en crema
que luce los caireles antiguos de un estuche.

No ya sus ojos miran, no escuchan sus oídos,
no huelen las grutillas en flor de su nariz,
no ya su lengua sabe gustar ni hacer que gire
en nítidos columpios la esencia de su voz.
No palpa su epidermis ni tímida el reclamo
del tacto acepta. Y lúgubre, y exánime, y exangüe
recuesta en las arenas el junco de su talle.
No es ella... ya no es ella..., no es ella la que fué,

El odre que tallaron en pórfido o en ónix,
en ágata o en jade donde exalté mi vino,
no es ya sobre ninguna península de espuma,
sobre ninguna cáscara de tierra lo encontré;
esdrújulas comarcas y agudas recorrí,
con ágil lampadario su huella iluminé,
con grávidos vocablos de grave presumí,
el foco de mi llama su sombra prolongó,
el lampo hasta las dióseas alturas perfiló;
ni en las etéreas simas su rastro vislumbré,
y apenas sé que existo entre los hombres yo!
Tal vez porque mis barcos la llevan al olvido
y entre las grietas áureas de mi memoria ajada,
definitivamente desaparece ya...,
la tengo tan presente que entre mis versos boga,
errante marinero que en ellos vivirá:
como las uvas viven entre pincel de Zeuxis
y como vive el mármol entre el cincel de Fidiss,
que yo he resucitado la sombra de la ausente
tal vez porque mis barcos la lleven al olvido!

Así después pregunto al mundo:
Astulfo, Astulfo, en dónde está?
Yo no la hallé! Yo no la hallé!
Ni en Nischapur de Khorassán.
ni en Singapur, ni en Dchnistan,
ni en los países del azur,
ni en Chipre, en Capri o el Japón,
ni en el magnífico Indostán,
ni en el dorado Afghanistán
está.

Lívida Estonia, hostil Lituania,
albo Judá, negra Etiopía,
lilas piyamas de Catay,
costas de Alaska y Patagonia,
playas del Bósforo.

En el Cairo
tampoco Astulfo la encontré.
Del Polo Norte al Polo Sur
por todas partes la busqué,
y no la hallé! y no la hallé!
se fué, se fué..., y yo no sé
en dónde está. Tal vez allá!
Dónde es allá? No sé..., no sé...,
Quién me dirá dónde es allá?
Aquí o allí. Tal vez en mí.
Entre mi verso la hallaré!
Alguien me dice que está en Dios
y entre mi verso está su voz!

Alberto Gil Sánchez

Perico

= Envío de *C. Hispano*. Bogotá =

Pasaron las atormentadas horas de los exámenes anuales. Entre el rumor cascabelero de la mágica palabra "vacaciones!" llegó la premiación.

¿Veis? Ya noviembre desarruga el ceño.
Un lento adiós solloza en la campana,
que dura enantes nos turbaba el sueño.
Ya, con fulgores de ilusión galana,
sobre las sienes infantiles juega
de vacaciones la primer mañana.

Allí estaban todos los señorones de la Instrucción Pública muy estirados, muy serios y muy calvos, y, en el centro de la mesa, el maestro de la escuela, don Blas, con la levita de las horas solemnes. Pobre don Blas, a quien todos le somos deudores en mi pueblo: el gobierno municipal de tres o cuatro sueldos, y nosotros de las mil pilatunas, diabólicamente sugeridas por Perico, el capataz de cuantas travesuras se hicieron en la escuela y en el barrio.

Y en la mesa, entre tinteros y diplomas, medallas y libros de colores, premios de aquella turba de chiquitines revoltosos, sobresalía un enorme balón. Daba gloria verlo. Si provocaba tirarle cuatro patadas y tumbar los tinteros y los libros y darles en las gafas a aquellos señorones almidonados y cursis, y echarlo a la calle haciendo añicos los vidrios de los ventanales. ¡Qué balón, Dios mío, y qué de vuelcos daba el corazón al mirarlo!

Empezó el reparto. Lapiceros, cuadernos de zoología, **Las mil y una noches, La Fabiola,** juguetes y cajas de colores, todo iba pasando de las manos graves a las manecitas traviesas; y el balón, centro de todas las miradas y poderoso imán de todos los corazones, quieto como una montaña y mudo como la esfinge del desierto. Volví mis ojos a Perico y lo noté compungido y hasta lloroso. No había recibido nada. Ni un diploma, ni una medalla, ni un accésit. Le alargué un lapicero, que él apenas miró, fijos como tenía los ojazos traidores en la pelota de cuero. El no dejaría de pensar entonces que algún castigo había de tener un año perdido entre fechorías contra todos y burlas a don Blas.

Levantóse de su asiento el maestro. Dió las gracias conmovido y risueño. Felicitó a los muchachos. Exhortó a los padres. Dijo sabios consejos, que oíamos como quien oye llover, y entregó los premios oficiales a los cuatro mejores alumnos de la escuela. Sólo quedaba sobre la mesa el balón.

—Y este balón, dijo don Blas, es el modesto premio del maestro de la escuela para el alumno que más se ha distinguido (todos miramos al bedel) por su magnífico espíritu (las miradas pasaron al presidente de la Legión de Honor) de la más genuina y de la más sana alegría (las miradas vacilaron).

—En mi larga vida de maestro de escuela la monotonía y el cansancio agotaron mis fuerzas y me trocaron adusto y severo. Los chicos formales que pasaron por los bancos supieron compensar mi labor, pero no supieron alegrarme la vida. En cambio, uno me trajo en su niñez pujante, como savia remozadora de los años, el ruido, el alboroto, la alegría de vivir para enseñarme que no todo muere en nosotros tristemente. En esa niñez alborotada y loca renace la vida con ansias de eternidad... (Todos aplaudimos rabiosamente. La concurrencia se miró. El maestro no hablaba del todo mal. Quién lo hubiera creído).

—Hay un rapaz dentro de estos muros, continuó conmovido don Blas, que no ha aprendido nada; que ha enredado todo el año; que hurta las frutas de todos los solares (Perico se puso más rojo que los tomates de la huerta del tío Pepe); de quien todos los vecinos se quejan y que la arma a piedra con todos los perros de la vega. Ese chico (los ojos se clavaron asesinando a Perico) merece que lo nombre en castigo de sus culpas y picardías. Pero no lo haré, aunque vosotros estáis casi pronunciando su nombre... A vosotros os he enseñado muchas cosas. Vosotros a mí ninguna. A ese rapazuelo no le pude enseñar nada, pero él me ha enseñado que la alegría es la fuente de la vida. Por eso este balón es para Perico. En él desfogará sus ímpetus traviesos y la fuerza de su niñez alegre y poderosa.

Los grandes ojazos de Perico se abrieron más todavía sin saber a dónde mirar. ¿Era aquello una burla de don Blas o un sueño de niño? Pero don Blas se llegaba ya con el balón entre las manos temblorosas y dejaba en las finas de Perico el premio codiciado. Recibiólo aturdido el picarón y, bien asido a él, echóse en los brazos del viejo, a quien besaba la lustrosa calva, blanco mil veces de su certera cervatana.

Los chicos aplaudíamos. Las comadres lengüilargas murmuraban al ver premiado al pillastrín desalmado, y los viejos conmovidos estrechaban la mano de don Blas.

Susana Wills de Samper

La alegría de vivir

Bogotá, Febrero 26 de 1933

Señora Susana Wills
de Samper.

Susanita:

Gracias le sean dadas por el agradable rato que me ha hecho pasar leyendo su bello cuento sobre la alegría de vivir. Indudablemente ese maestro Blas, al parecer tan pobre de espíritu y tan modesto, era, más que un maestro de escuela hambreado, un sabio, y de aquellos de los buenos tiempos. ¡Qué tratado de filosofía humana, profundamente humana, en su corto, pero tan emocionado discurso! "A vosotros os he enseñado muchas cosas. Vosotros a mí ninguna. A ese rapazuelo no le pude enseñar nada, pero él me ha enseñado que la alegría es la fuente de la vida. Por eso este balón es para Perico. Con él desfogará sus ímpetus traviesos y la fuerza de su niñez alegre y poderosa".

Con razón que, al oírlo, murmuraran los espíritus entecos, y que los viejos lúcidos le estrecharan la mano. Porque ese buen maestro Blas resumió en pocas palabras la única filosofía que ha sobrevivido a través de todas las épocas, y que se basa en considerar la alegría como la belleza de la vida, y en mirar la vida, a través de la alegría, como por un cristal de maravillosa transparencia, hasta lograr que nuestro ideal pueda expresarse con la inscripción de la antigua esfera solar: **Horas non numero nisi serenas. No cuento las horas que no son felices.** Genial intérprete de esa sabiduría antigua y moderna, Benito Spinoza, el más ilustre judío después de San Pablo, dejó escrito en la más fundamental de sus obras: "La alegría es la aspiración del hombre hacia su perfección; la tristeza, hacia lo que lo amengua y lo humilla".

Usted sabe que en esa suprema norma se funda el renacimiento actual de los deportes, tal cual los practicaba el pueblo que sigue siendo el modelo de la humanidad ávida de dignificarse. Y cómo me complace que usted, que es entre nosotros la más entusiasta animadora de esos deportes al aire libre, sea también la autora de ese cuento tan bello del maestro Blas, el de la boca de oro.

Le estrecha la mano su amigo,

C. Hispano

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

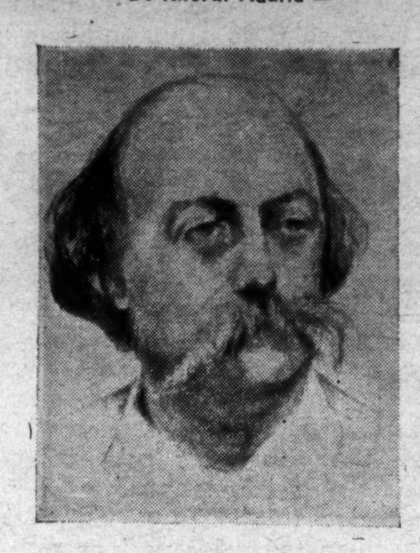
La enfermedad de Flaubert

= De *Ahora*. Madrid =

Sí, tiene usted razón, amigo mío, tiene usted mucha razón; es una terrible enfermedad. Y de la que no sabe uno cómo defenderse. La padeció aquel intelectual—modelo de intelectuales—que fué Gustavo Flaubert, el gran solitario, el inmortal creador del no menos inmortal Mr. Homais. (Y, entre paréntesis, ¿en qué partido se matricularía hoy este formidable... librepensador?) Y en un pasaje de su inacabada obra "Bouvard y Pecuchet" aludió Flaubert a esa terrible enfermedad cuando escribió que esos sus dos monigotes—¡y tan suyos!—contrajeron la lamentable—"pitoyable"—facultad de descubrir la mentecatez humana y no poder tolerarla. De todos los dolores del entendimiento, pues éste suele dolernos—¡y qué dolores los suyos!—éste es el más insoportable. Más que el de la duda, más que el de no lograr la comprensión de algo. ¿Aunque no será, en el fondo, que el que sufre de esa enfermedad flaubertiana es porque no comprende la mentecatez, su verdadera razón de ser? ¿No es acaso falta de caridad, de amor al prójimo, de humanidad en fin? ¿No es inhumano que le duela a uno más una mentecatada, una simpleza que se le diga—una pregunta inepta, por ejemplo, que se le dirija,—que no una mala pasada que se le juegue?

Las veces, amigo mío, que me he detenido ante aquellas palabras de Jesús en su sermón de la montaña cuando dice: "Cualquiera que dijere a su hermano "raca" (un nadie) será culpado en consejo, y el que dijere: ¡fatuo!, será culpado de infierno del fuego". No el que le llame bandido, o ladrón, o mentiroso, o traidor, o.... sino el que le llame mentecato, memo, bobo. No el que ponga en duda la sanidad de su conciencia moral o su buena fe y su lealtad, sino el que ponga en duda la entereza de su entendimiento, la sanidad de su seso. ¿Terrible pasaje evangélico, no es así?

Y luego empieza uno a pensar si eso de no descubrir más que las mentecatadas, las necedades de los prójimos, no provendrá de una enfermedad de nuestra visión. No ver apenas más que eso... no ver... No ver, es decir: "invidere" envidiar. Porque envidiar es no ver. ¿Y cómo se va a envidiar al mentecato?, me dirá usted, mi buen amigo. En una ocasión le decía yo a Maurois, el autor de la penetrantísima biografía de lord Byron, que acaso éste, el autor del formidable misterio "Caín", fué un singular envidioso. Envidió a los que no le envidiaban; les envidió el que vivieran libres de envidia, que es otra terrible enfermedad del entendimiento. Y luego de haberle dicho eso a Maurois, no hace aún mucho, releyendo a Quevedo en la excelente edición de Astrana Marín, me encontré con esto de aquel gran calador de nuestro morbo nacional: "El hombre o ha de ser envidioso o envidiado, y los



Flaubert

más son envidiados y envidiosos, y al que no fuere envidioso cuando no tenga otra cosa que le envidien le envidiarán el no serlo". ¡Qué hondo! "Mira, ese que va ahí es... Fulano, el célebre..." le decía un hombre de la calle a otro, y éste le contestó: "¿Y a mí qué?" Y como el Fulano aquel lo oyera sintió envidia de aquel hombre de la calle a quien no se le daba nada de él ni acaso le conocía. Esta envidia sentía Lord Byron, esta envidia sentía acaso Gustavo Flaubert—¿no envidiaría a su Homais, que todo lo tenía resuelto con ramplonerías jacobinas?—, esta envidia sintió acaso nuestro Quevedo. Y hay otro sentimiento monstruoso—esto va usted a tomármelo a colmo de paradoja,—y es el que podríamos llamar de la auto-envidia, la de aquellos al parecer orgullosos que se pasan la vida envidiándose a sí mismos, no pudiéndose ver a sí mismos. Y este es acaso el infierno del fuego con que Jesús amenazaba al que llame mentecato a su hermano. ¡El amor propio!, sí, ¡el amor propio! Pero, ¿y el aborrecimiento propio? ¿Cuántos hay que se sonríen de los envenenados tiros que se les dirigen porque ven que no ven los otros lo peor, lo más envenenado y venenoso que guardan en sí?

Y en otro respecto recuerdo que yendo una vez con uno de los hombres más inteligentes y mejores que he conocido, como al pasar junto a un carnero le dijese "mírele la cabeza, la sesera, y mírele lo otro: el... sexo; aquélla no le sirve más que para topar, es el animal más estúpido que conozco, pero, en cambio, es capaz de cubrir en una noche no sé a cuántas ovejas..." Y mi amigo me respondió: "Quién fuera carnero... por lo uno y por lo otro". Claro está que esto era un decir en aquel hombre, de altísima inteligencia y de ordenada conducta, pero... Y no quiero ahora repetirle aquella tan conocida anécdota de la conversación entre Emilio Castelar y José Luis Alvareda sobre que, según aquél, el donjuanear atrofia el seso, y según éste, el estudio atrofia lo otro. Sesera y sexera, si quiere usted.

Y después de todo esto vuelvo a lo de la terrible enfermedad que se les desarrolló a los pobres monigotes de Flaubert, o, mejor, a este mismo, pues ellos, Bouvard y Pecuchet, sí que eran mentecatos. Tanto, en su género, como míster Homais en el suyo. ¡Qué tormento, amigo mío, qué tormento! ¡Este sí que es tormento! Si San Pablo exclamaba: "Miserable hombre de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?", no puede uno—u otro—exclamar alguna vez en su vida: "Miserable hombre de mí, ¿quién me librará de este entendimiento de muerte?" Sí, de no entender más que mentecatez, ramplonería, vulgaridad, frivolidad, muerte en fin.

Como mirándole a usted, amigo mío, con mis ojos sanos, libres de enfermedad, le veo sano, sé que no me preguntará en qué casilla meto a Flaubert, si le tengo por de derecha, de izquierda o de centro, si por creyente o por incrédulo, si por progresista o reaccionario. Sé que conoce usted a nuestro Flaubert —y ¿cómo no?—, sé que recuerda aquel final de sus "Tentaciones de San Antonio" cuando el pobre trágico anacoreta quiere comer tierra, hacerse tierra y dice hallarse harto de la estupidez del Sol, "la bétise du Soleil". ¡Estupidez del Sol! Porque si es un acto de estupidez llamarle estúpido a un siglo como a un río o a una montaña, no lo es ya llamarle al Sol! Y acaso la estupidez del Sol que a través de su San Antonio sentía Flaubert consista en que alumbra cuanto mira, y así no le ve las sombras. ¡Y él las tiene! ¿Pero es eso estupidez o qué?

¡Pobre Flaubert! ¡Pobre Sol!

Miguel de Unamuno

Imprenta LA TRIBUNA